

# REVISTA EUROPEA.

NÚM. 217

21 DE ABRIL DE 1878.

AÑO V.

## LOS JESUITAS.

Der Jesuiten.—Orden.—Von Dr. J. Huber. Berlin.

Difícilmente habrá un fenómeno en la Historia más digno de ser investigado, que el que presenta ese conjunto de hombres llamados jesuitas, los cuales, aunque han sido desde el mismo día de su aparición, objeto de sospechosas preveniciones para muchos poderosos países, y de repetidas y duras procripciones, supieron, sin embargo, asegurar tan duradera influencia, que han venido á estar con la creencia popular dotados con la misteriosa posesion de un poder sutil, parecido al que ciertas plantas tienen para desafiar impúnemente la peste y el exterminio. Un siglo tan sólo ha trascurrido desde la promulgacion de la Bula, por la que confidencialmente se conoció con anticipacion que Clemente XIV habia, por último, colocado el espíritu de esta fuerza oculta, bajo el supremo conjuro del exorcismo pontifical; y la pública curiosidad se ve todavía arrastrada con ánsia á inquirir dónde, si esto aconteció, se encuentra el principio vital que alimenta y acrece las filas de esta sociedad, hasta el punto que otra vez ha alcanzado. Como el caso aconteció cien años hace, el público está abrumado con las publicaciones acerca de los jesuitas, variando su carácter desde narraciones sencillas hasta las averiguaciones erizadas con eruditas acotaciones y contra-acotaciones. En el vivo fuego de esta controversia (debida en los presentes momentos á las medidas restrictivas que la Alemania ha juzgado conveniente decretar contra la Orden de Jesús) ambos partidos se muestran igualmente tenaces y decididos; y si nosotros somos tratados en algunos escritos como extraviados por una credulidad capaz de presentar gravemente los *Monita Secreta*, como un documento auténtico, tambien encontramos réplicas señaladas por una redundancia de declamacion, en la cual el argumento parece hecho con el fin de vivir bajo las secundarias y á me-

nudo fútiles partes de las acusaciones propuestas, y no bajo su más profundo espíritu.

El punto de salida en esta violenta disputa llama la atencion en muchos países, y toca cuestiones que afectan prácticamente á serios intereses. Porque sobre el juicio formulado con respecto á la cuestion tomada en absoluto, se basará la cuestion de si existe justificacion para la sentencia especial de destierro que ha sido establecida en Alemania, en países, los cuales, si allí ha surtido efecto, se juzgue igualmente necesaria para vivir tranquilamente. ¿Son los padres jesuitas simplemente fervorosos y devotos misioneros, que se dirigen exclusivamente á la oracion, á la predicacion y á la conversion con el fervor de las almas arrebatadas por trascendente devocion á un llamamiento místico; siervos de Cristo, separados de los engaños mundanos y de sus egoistas intereses, y cuya preeminencia sobre otros empeñados tambien en semejante tarea, penda únicamente de una más elevada inteligencia y de un celo más interno en los trabajos de la conversion espiritual? ¿Podrá sentarse, como resultado de atenta consideracion, que tan sólo una alarma infundada, debida á la sátira maligna de la miserable suspicacia ó la graciosa inventiva de la calumnia, puede alegar contra esta Sociedad algunos rasgos distintos de aquellos que pertenecen necesariamente á toda asociacion destinada al ejercicio de los deberes espirituales y compuesta de hombres absortos y enajenados por el entusiasmo de una vocacion religiosa? ¿O penetrará la conviccion en los cándidos espíritus de que en la constitucion y práctica de la Orden existe realmente algo que autorice á creer que esta Sociedad es una institucion perfectamente organizada para promover y conseguir fines censurables y que aún puede probarse que en ciertas circunstancias es una corporacion peligrosa para el Estado? Solo con la mira de prestar auxilio á nuestros lectores para llegar á una opinion en estas materias ardientemente controvertidas, es por lo que las siguientes páginas han sido escritas.

Estamos totalmente penetrados de la imposi-

bilidad de dar en este limitado trabajo una relación acabada de una organización tan vasta y de un sistema tan intrincado como el de la Orden de Jesús. Es preciso que nos circunscribamos estrictamente á los rasgos típicos ó capitales distintivos de esta Sociedad. Tratando de mostrarlos, no adelantaremos ningún dato que no se halle sacado de autoridad infalible á los ojos de la misma Sociedad. Al mismo tiempo ofrecemos nuestras declaraciones sobre varias publicaciones de reciente fecha en Alemania, de las cuales la citada á la cabeza de este artículo merece particular atención. El nombre del doctor Huber es bien conocido por varios escritos relativos á la historia de la Iglesia, y ha estado grandemente relacionado con el movimiento contra la doctrina ultramontana, el cual ha venido á parar en la formación de la congregación que lleva el nombre de *Viejos católicos*. Ningún libro proporciona en forma tan popular una relación tan comprensiva de la Orden. Por esto es de lamentar que el doctor Huber no hubiese empleado en las adiciones á su libro todo el cuidado que hubiera hecho de su compilación, no simplemente un volumen agradable, sino un manual digno de toda confianza. Nosotros protestamos contra la costumbre, ya de no dar las autoridades, ya de darlas por segunda mano y frecuentemente de un modo incorrecto: en algunos pasajes el doctor Huber ha hecho graves aseveraciones, cuya garantía no aparece ciertamente en las autoridades presentadas en las referencias que hay al fondo de las páginas.

El mismo particular carácter, que desde el principio Loyola trató de imprimir á su institución, fué ya simbolizado con el título que la distingue. El haber introducido su creación bajo un nombre del tipo común de las demás comunidades religiosas existentes, no hubiera respondido á la introducción del fundador. Loyola dá existencia á una organización absolutamente nueva en el carácter y en el objeto, y este hecho trataba de imprimirlo en el mundo por medio de un título presuntuosamente expresivo. Los padres jesuitas se han esforzado siempre en probar que ellos no son miembros de una Orden monástica, y en esto se encuentran justificados por su exención de todas aquellas observancias, como el vestido y el ritual, las cuales son estrictamente exigidas en todas las profesiones monásticas, lo mismo que por ser

expresamente no comprendidos en la designación genérica aplicada por el Concilio de Trento á los cuerpos monásticos. *Est quorundam militum societas*, es la definición que el gran doctor jesuita Suarez da del cuerpo á que pertenece; y el historiador oficial Orlandini manifiesta claramente que este título *societas* fué adoptado como ofreciendo más distintamente la idea de una *compañía* española, término técnico que se aplica a un cuerpo de soldados, bajo la directa vigilancia de un capitán. El intento de Loyola fué construir una organización, de la cual resultara un cuerpo de hombres perfectamente disciplinado y movilizado, marchando como un ejército á la voz del general, y pronto siempre bajo la suprema jefatura de Jesús, á pelear contra las fuerzas enemigas de la absoluta preeminencia del sistema papal. En su pensamiento una institución basada sobre tal modelo, sería algo más que uno de tantos entre los diversos órganos de la Iglesia. Se levantaría en gran manera dentro de la Iglesia militante que existe sobre la tierra; y con la mira de simbolizar este objeto superior, fijó á su orden como inscripción declaratoria, el nombre del Salvador común del género humano. La pretensión envuelta en este intento de monopolizar un nombre tan católico, fué instintivamente percibida y lamentada grandemente, principalmente por el clero francés, animado todavía entonces por el espíritu de las libertades galicanas. La Sorbona protestó contra las presunciones que llevaba consigo una corporación particular que se denominase á sí misma la escolta ó cortejo especial de Jesús, y en la asamblea eclesiástica de Poissy el arzobispo Bellay, seguido de su clero, pidió que la admisión de la nueva Orden dentro de Francia se concediera á condición de que variase este título censurable. Más Pablo III había expresado bien las intenciones de la Santa Sede, cuando exclamó después de leer el proyecto de Loyola: *Hic est digitus Dei*; y muy á pesar de los espíritus antiguos y venerables de la Iglesia, la Orden creció rápidamente en poder é influencia con la protección y el aliento de los Papas sucesivos.

La manera con que Loyola y sus compañeros llevaron á cabo la organización de un cuerpo de guerreros eclesiásticos, rígidamente disciplinado y al mismo tiempo admirablemente flexible, es tema en el cual muchos escritores se han extendido. Imposible es, en verdad, consi-

derar la serie de *reglas y constituciones*, de preceptos minuciosos y astutas exenciones, que forman el Código de la Sociedad, sin sentirse vívamente impresionado por la prevision y sagacidad que alcanzó á percibir requisitos y mandatos tan intrincados y tan primorosamente zurcidos.

Los legisladores de la Sociedad han fabricado una serie de ordenanzas y privilegios con una habilidad verdaderamente maravillosa.

Por una parte establecen todas las garantías concebibles para matar cualquier germen de independencia que pudiera conducir á un miembro de la corporacion á separarse, aunque fuese tan sólo en el fuero interno, de una orden emanada de su superior. Por otra parte, se aplican cuidadosamente á insinuar en aquellos á quienes se confía la suprema direccion de la Sociedad, un sentido de discrecion tan vasto, tan amplio y tan completamente libre de las limitaciones ordinarias, que puedan hallarse perfectamente imbuidos en la conciencia del deber, permaneciendo colocados totalmente en la rigurosa observancia de todo aquello que en un momento determinado pudiera considerarse buen expediente para hacer que las inteligencias individuales acepten más prontamente su ascendiente. A este fin, todos los poderes acompañan á la suprema autoridad de la Orden, la cual no tiene par en la sociedad; mientras que el plan del aprendizaje extraordinariamente estérno á que todo miembro se sujeta, ha sido cuidadosamente calculado para el fin particular de convertirlo en flexible instrumento, pronto á obrar bajo la mano del superior con cualquier provecho. Que estos poderes tan vastos podian fácilmente ser dirigidos por algun superior á otros fines de pura ambicion personal, fué un peligro que tampoco se le escapó á Loyola.

Ninguna parte de su organizacion es más digna de ser notada que la cadena de órdenes y contra órdenes, para que todos los órganos del sistema, incluso el más alto se mantengan en la medida de sus funciones, de modo que ninguno se retrase ni tampoco exceda sus límites.

Un verdadero mecanismo ha sido, pues, el que se inventó, el cual, aunque extraordinariamente complicado, trabajó siempre sin ningun ruido, poniendo en accion un cuerpo de fuerzas disciplinadas con esmero para el logro de distintos resultados bajo la direccion de sus poderes, en-

durecido por la rigidez y severidad para llevar á cabo sus últimos propósitos, y capaz al mismo tiempo de la suavidad en la adopcion de formas y procedimientos al tenor de los que emplea la policia. Los elementos que mueven esta maquinaria, los verdaderos huesos del sistema, han sido repetidamente descritos, pero en ninguna parte mejor que en el capítulo dedicado por el doctor Huber á este capital asunto de su tema. Nosotros podemos simplemente llamar aquí la atencion hácia ciertos puntos principales, los cuales son indispensables para abrazar lo característico y fundamental de la sociedad de Jesús, y lo distinto de su constitucion de la de cualquier congregacion con fines solamente espirituales.

En los estatutos y archivos de la Orden se encuentra una y otra vez declarado con enfática solemnidad que el propósito cardinal de sus trabajos es la promocion de la mayor gloria de Dios; que todos sus poderes y recursos son dedicados *ad majorem Dei gloriam*. En una notable epístola á los padres de Portugal que se encontrará en todas las ediciones de los *Institutos*, San Ignacio dá estas instrucciones: «Otras asociaciones religiosas pueden excedernos en ayunos, en vigiliias y en otras semejantes observancias; pertenece solamente á nuestros hermanos el ser superiores en verdad y absoluta obediencia, en abnegacion de todo juicio y voluntad individuales.» En las *Constituciones* se halla tambien escrito: «Dejáos convencer de que aquellos que viven bajo la obediencia, están obligados á ponerse en movimiento dirigidos por la Divina Providencia bajo la mediacion de sus superiores, lo mismo exactamente que si fueran cuerpos inertes.»

En estas sentencias hallamos la quinta esencia de los principios sobre los cuales se formó la Sociedad. Está bien significado que la fuerza sería, por el solo peso de una presion sólida la que derribára los elementos contrarios á la exaltacion de la mayor gloria de Dios; y tal exaltacion suponía a reduccion del mundo á vivir bajo un sistema que termina en el reconocimiento de un pontífice absoluto. El nombre de Jesús simbolizaba en un sentido puramente especulativo esta gloria de Dios, así como en concreto estaba simbolizada por el Papa, á cuyo servicio todo miembro de la Sociedad se hallaba adscrito por voto especial. Al mismo tiempo

esta guardia, destinada á la defensa de la autoridad absoluta del Papa, estaba atentamente provista con facultades dirigidas á justificar los actos que pudieran llevar á cabo para asegurar sus propios principios, en el evento de que un Papa les fuere infiel. Se hallará, pues, que mientras el general expresamente figuraba como un puro lugar-teniente ó comisionado del Papa, estaba tambien investido con ciertas facultades, en virtud de las cuales en algunas contingencias particulares podia considerársele como depositario de poderes que eximian á la Orden de la autoridad de un Papa innovador. El mismo espíritu de celosa precaucion se manifiesta en los preceptos para asegurar incólume los principios de la Sociedad contra un general que pudiera, quizá, hallarse infestado con ideas inconciliables con este espíritu. Aunque investido con un poder omnímodo en lo que se refiere á la administracion de la Sociedad, el general está bajo una inspeccion y vigilancia perpétua, y segun las reglas, podrá perder sus poderes en ciertas circunstancias especificadas. Esta cadena de prescripciones *sui generis*, es la que hace tan admirables las *Constituciones*.

El sistema combina en proporciones muy sutiles elementos de monarquía, de oligarquía y de democracia. El padre profeso (el cual está tan estrechamente obligado á la obediencia, que por fuerza debe inclinarse sin murmurar ante cualquier mandato, no importa cómo sea, del general) es completamente estimado cuando llega, por las vías legítimas, á una posicion que le dé influencia en la administracion de la órden, con tal únicamente de que su capacidad sea adecuada al género de sus trabajos. El general, tambien, el cual es incapaz de dar á discrecion instrucciones que es fuerza sean aceptadas implícitamente por cada uno de los miembros, se encuentra forzosamente rodeado por personas que la Sociedad le impone, de cuya presencia no está en su poder separarse, y que se hallan siempre á su lado como sombras—inesantes espectros—que jamás le abandonan ni un momento. Finalmente, el Papa, que á primera vista podria aparecer como el comandante de una tropa de esbirros, prontos, bajo juramento, á obedecerle á medias palabras, se descubrirá fácilmente que en el caso de ciertas críticas circunstancias, está enredado por limitaciones no muy ostensibles pero muy singulares,

segun las cuales, cuando lo tienen á bien, se inviste al general de los jesuitas con respecto á él, con el carácter más bien de un gran magnate feudal, fuerte en su hueste privilegiada, que de un simple capitán de una guardia pagada por un príncipe absoluto.

Por medio de qué manera y provisiones ha sido posible á Loyola y sus compañeros llevar á cabo la alianza de elementos al parecer tan extraños en la formacion de una Institucion, la cual, mientras al exterior tiene el aspecto monótono de una falanje pesada, posee la más rara capacidad de trasformarse prontamente en ligera tropa de guerrilleros, esto es lo que nosotros trataremos de mostrar, sacándolo de los *Institutos* de la Sociedad, de los privilegios establecidos en la Bula de los Papas, los decretos de las Congregaciones generales y las autorizadas declaraciones dadas por sus generales.

Bien sabido es que hay varios grados en la Orden y que las condiciones que rodean la admision y el progreso gradual de los miembros son rasgos cardinales en esta organizacion. Sería, ciertamente, extraviar al lector darle un catálogo (y dentro del espacio en que estamos ceñido no podria ser sino un catálogo) de la série intrincada de subdivisiones y remociones que constituyen los grados á traves de los cuales el jesuita debe pasar. Para hacerse cargo de la significacion peculiar de estos pasos intermedios, con el fin de probar ó de recompensar, se necesitaria una série de explicaciones en que nosotros no podemos entrar aquí. Nos parece bastante para la generalidad de los lectores saber el hecho de que la vasta organizacion conocida con el nombre de Sociedad de Jesús, se encuentra compuesta por un cuerpo de hombres clasificados prácticamente en tres grandes divisiones: primera, la de los *novicios*, comprendiendo una multitud de sub-divisiones, á alguna de las cuales se la confian importantes cargos, mas caracterizadas todas ellas por no hallarse incluidas en los grados de aquellos que hicieron profesion solemne con votos: segunda, la de los *padres*, que han hecho profesion con *tres* votos, y tercera, los *veteranos de la Orden*, los padres escogidos que han sido considerados dignos de ser admitidos en el círculo más íntimo de los iniciados, los padres que han hecho profesion con *cuatro* votos. Se prohíbe en los estatutos que ningun menor de catorce años entre de novicio.

Una vez admitido como tal, lo cual depende en absoluto de la voluntad discrecional de los superiores, el novicio se encuentra sujeto á las más rígidas pruebas, extendiéndose éstas necesariamente en un número determinado de años, y cuya ascension ó no ascension á través de los distintos grados, pende del mismo modo de la opinion que los superiores hayan formulado en sus calificaciones. Presumiendo que lo hace con completa voluntad, se permitirá, por último, al aspirante hacer profesion de los tres votos, llamados de obediencia, pobreza y castidad. Es dudoso que estos votos tengan el mismo carácter que aquellos exigidos á la entrada. La explicacion de esto es, que todo voto previo constituye únicamente un empeño moral con Dios, el que está limitado estrictamente al fuero de la conciencia, sin arrastrar consigo un contrato que tenga fuerza bilateral. Así, por estos votos el novicio se obliga absolutamente á obedecer los mandatos del general durante el tiempo que éste quiera utilizar sus servicios (pues el general le puede despedir cuando bien lo parezca) sin adquirir á vuelta de esto el más pequeño derecho en la sociedad.

Desde el momento que atraviesa los umbrales de la Orden, el novicio no es, para todos los objetos y propósitos, mas que su siervo; renunciando por completo á toda libertad individual, sin que por otra parte nada se le garantiza despues de admitido á este curso de pruebas. El jesuita que ha hecho solemne profesion de los tres votos, se encuentra, no obstante, en mejor situacion, porque su expulsion no depende ya de la voluntad exclusiva del general sin la concurrencia de los primeros padres de la Orden, disposicion que en la práctica solo tiene valor nominal. Si el ascenso á este grado fué á costa de árdua y difíciles condiciones, más difícil es aún obtener la admision en aquella clase escogida que constituye el senado de la Orden. Ningun jesuita puede alcanzar este grado supremo bajo los cuarenta y cinco años; por consiguiente si entra de novicio en la menor edad que se le concede, forzoso es que haya pasado treinta y un años en los grados inferiores, por admirables que sean sus calificaciones. El padre debe, al llegar á este grado, renovar la solemne profesion de sus votos anteriores, á los cuales se añade ahora un voto no conocido en ninguna otra Orden, el voto de obediencia especial al Papa á

cuya palabra se inclina el jesuita para marchar á donde el Santo Padre guste mandarlo. Los padres que han hecho este juramento componen la que pueda ser llamada vieja guardia de la Orden. Se calcula que un dos por ciento únicamente, entre los miembros admitidos de la Orden se juzgan dignos de la admision á este grado supremo.

Si nosotros consideramos ahora el mecanismo que regula la accion de este complicado cuerpo, nos encontramos en presencia de un sistema no inventado con menor esmero, de instrucciones para asegurar la mayor vigilancia y prevision en cada punto y lugar, en combinacion con las facultades más amplias para mover la rueda capital de esta maquinaria. Dentro de la congregacion general, comprendiendo á los padres elegidos, y particularmente los grandes dignatarios llamados provinciales, la Orden señala ciertos miembros con el objeto de que atiendan constantemente al general, el cual, aunque posee la suprema direccion con respecto á todo miembro incluso los provinciales, se encuentra enteramente deprovisto de poder en frente de aquellos.

Estos miembros, recibiendo su comision directamente de la Orden son los ayudantes, cuatro en número, que se asemejan á los representantes de una nacion; el *asesor*, una dignidad que hace juramento especial de no perder nunca de vista al general, á quien espía todos sus pasos como la personificacion de una conciencia perseguidora; y el *confesor* á cuyas plantas el general, cuando cae en el pecado, confiesa sus culpas. El general está obligado además, por fuerte voto, á no tener su residencia más que en Roma, y á no salir de casa ni una sola noche, sino en compañía de un padre ayudante. Se halla igualmente imposibilitado de abdicar su cargo, el cual, una vez aceptado, debe desempeñar en deferencia á la Orden, sin cuyo consentimiento tampoco puede aceptar ningun otro cargo ó dignidad. Tambien está en la competencia de la Orden, en casos especificados y por medio, de órganos determinados, suspender y deponer un general, habiendo sido intentado seriamente poner en ejercicio este poder contra un general que habia ofendido á varias secciones infuyentes de la Orden.

A pesar de todas estas limitaciones, ellas en realidad no imponen gran cosa, á no ser en el

caso poco creíble de que un general fuese traidor y tratase de minar las bases de su propia grandeza. La verdadera salvaguardia para mantener la Orden en su primitivo carácter reside en las extraordinarias y cuidadosas pruebas que cada jesuita tiene que sufrir antes de su promoción, las cuales hacen casi imposible que ningún falso hermano penetre sin ser detenido en un punto u otro de su prolongado tiempo de prueba. En la práctica, y esto es completamente conforme con los deseos del fundador, el general de los jesuitas es un autócrata, con tal únicamente de que ejerza sus vastas facultades en promover astutamente los especiales intentos de la Orden, con particularidad el predominio de un determinado sistema eclesiástico y la total servidumbre del espíritu á ciertos hábitos de pensamientos. Es verdad que tomadas las *reglas* que hemos mencionado de por sí, no indican testualmente más que detenidas y cuidadosas disposiciones para asegurar la vigilancia y disciplina en un cuerpo dedicado á oficios puramente espirituales, arrastrado vivamente á severas observaciones. No es, sin embargo, de las reglas de donde deban desprenderse los trabajos prácticos de la Orden. Existe una serie de privilegios, facultades y decretos declaratorios que hace falta examinar cuidadosamente si queremos comprender el espíritu de la Orden como una institución activa.

No hay exageración en afirmar, que excepto dos ó tres puntos, ni uno solo hay en las reglas con el carácter de condición obligatoria, al lado del cual no aparezcan los medios terminantes de dispensarla, incluidos en la lista de facultades del general. La primera circunstancia que llama la atención, es la fórmula completamente excepcional con la que los empeños contraídos por los miembros de la Orden son jurados. El padre jesuita hace su profesión solemne á Dios Todopoderoso por la mediación de la Virgen María.... y al general de la sociedad que *se encuentra en lugar de Dios*.

La omisión que se hace del nombre de Cristo ó la Trinidad, junto con la especial invocación de la Virgen, son puntos eminentemente característicos de la teología, seguida uniformemente por la orden; mientras la elevación inaccesible que el puesto de general lleva consigo, es perfectamente adecuada al espíritu por el que la Orden se guía. Que una sociedad dedicada por completo á la gestión de intereses particulares de la

Iglesia, sea rigurosa en la elección de sus miembros, es una cosa muy natural. En las *Constituciones* se halla solemnemente declarado que la Orden se cierra absolutamente para cualquier persona que haya sido reo de un delito, ó se encuentre bajo el peso de una seria acusación. Mas penetrando un poco más en el examen de los *institutos*, encontramos que el general decide por sí solo que es lo que constituye una seria acusación. No es esto todo. Si se presenta un candidato que no solamente está bajo el peso de seria acusación, sino que actualmente está convicto de un delito, todavía se le admite si el general le considera provisto de ventajas naturales que puedan aprovechar á la Sociedad.

No hay ambigüedad en los términos en que este poder se concede. Los preceptos y las condiciones que se ordenan para la exclusión son puros floreos de la pluma; porque de ninguna condición puede hallarse desprovisto un candidato, cualesquiera que sean sus antecedentes, cuando el general considera que posee alguna facultad muy útil á la Sociedad. Todo esto es oportuno para ver bien la importancia de este vasto poder de dispensar, porque en él se halla compendiada la esencia de la Orden como organización.

QUATERLY REVIEW.

Traducido del inglés por A. P. V.

(Continuará.)

## LA ESPECIE ORGÁNICA

CONSIDERADA BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA  
TAXONOMIA.

En vano hemos buscado en la obra de Darwin sobre el *Origen de las especies*, no ya una definición precisa, sino una definición cualquiera de esta frase. Pero en nada nos ha sorprendido. ¿Se puede definir lo que no se conoce, ó lo que se conoce de una manera imperfecta? Fácil es ver, leyendo ese libro tan lleno de datos serios y de sólida erudición, que Darwin considera las especies como formas momentáneas de un tipo móvil, y que no se logra distinguir las unas de las otras, sino porque las formas intermedias se

han extinguido ó han permanecido ocultas á nuestros ojos en las entrañas del globo.

En cuanto al origen de los tipos específicos, todas las cuestiones de esta naturaleza se hallan envueltas en una profunda oscuridad, y como cubiertas por un velo que oculta entre sus pliegues á cualquiera que trate de descorrerlo. No trataremos de discutir y ménos aun de resolver ese difícil problema; nuestro único objeto es llamar un instante la atencion sobre la cuestion tan debatida todavía de la especie orgánica, y sobre el verdadero sentido que convendria dar á esta palabra, ó más bien á esta cosa, base esencial de todas nuestras clasificaciones zoológicas ó botánicas, tema favorito de las ardientes y hasta apasionadas discusiones que han tenido lugar, desde hace veinte años, en el seno de nuestras escuelas y de nuestras Academias.

No abrigamos la pretension de tratar á fondo este asunto, que consideramos como uno de los más árduos de la filosofía natural; pero sí aspiramos á presentar con tanta claridad como nos sea posible, algunas de las piezas de un proceso que dura todavía y que no parece próximo á terminar.

Esperando una conclusion definitiva, la ciencia de nuestros dias colecciona datos y argumentos que, á pesar de los anatemas, burlas y desdenes de ciertos espíritus prevenidos, no creemos que carecen de valor ni que dejen de merecer la más seria atencion.

Veamos, pues, en cuanto lo permite el estado actual de nuestros conocimientos, lo que se debe entender por las palabras tan frecuentemente empleadas, aun en el lenguaje vulgar, de *especie*, *raza* y *variedad*.

No obstante las sábias discusiones que se han empeñado con este motivo en la Sociedad antropológica de París, seria casi inútil ocuparse de ello, si, como pretende M. C. Martins, *no existen especies propiamente dichas, sino formas puramente transitorias*, es decir, constante, lenta y gradualmente variables bajo la influencia de los medios circundantes (1) y de diversas causas que Darwin y Lamarck, su precursor, se han dedicado á explicar y desarrollar.

(1) Con M. de Quatrefages y la mayoría de los naturalistas, entendemos por "medios circundantes" todo lo que puede tener una influencia directa ó indirecta sobre el sér viviente.

Si consultamos á M. Naudin, uno de nuestros más distinguidos botánicos, nos contesta que "entre las expresiones de *especie*, *raza* y *variedad*, no hay diferencia de sentido muy precisa, representan en el fondo una misma idea, y su aplicacion á tal forma determinada suele ser facultativa; es, dice, una cuestion de sentimiento, de tacto botánico."

Partiendo del principio de que la comunidad de organizacion en los séres que componen un reino se puede explicar solamente por la comunidad de origen, M. Naudin nos representa el reino vegetal como un árbol cuyas raíces, misteriosamente ocultas en las profundidades de los tiempos cosmogónicos, hubieran producido un número limitado de ramas sucesivamente divididas y subdivididas. Los primeros troncos representarían los tipos primordiales del reino; las últimas ramificaciones serían las especies actuales. En esto se ve la idea transformista en toda su pureza.

Pero, ¿qué es la especie? Confesamos ingenuamente que no lo sabemos todavía; y, sin embargo, entre las numerosas definiciones que se han propuesto desde Linneo hasta nuestros dias, bien se podria escoger. Pero la eleccion es embarazosa, porque cada una de ellas, ó poco ménos, refleja todo un sistema y descansa sobre una hipótesis, sobre un misterio, casi sobre un milagro.

Reproducir y discutir aquí todas esas definiciones seria una empresa tan enojosa como inútil.

Preciso es, sin embargo, elegir una; y provisionalmente nos decidimos en favor de la de nuestro ilustre maestro y malogrado amigo Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire, porque no prejuzga nada respecto al origen de las formas específicas y reserva el porvenir.

Para nosotros, lo mismo que para el autor de la *Historia de los reinos orgánicos*, la especie, considerada de una manera general, será, pues, *una coleccion, una série de individuos caracterizados por un conjunto de rasgos distintivos, cuya trasmision es natural, regular é indefinida* EN EL ACTUAL ÓRDEN DE COSAS.

Pero, preciso es decirlo, esta definicion no se refiere á las diferencias de las formas que presentan los ciclos sucesivos en las generaciones alternantes. Carlos Vogt, por el contrario, las tiene en cuenta al definir la especie diciendo que

es la reunion de todos los individuos que tienen el mismo origen y que llegan á ser, por sí mismos, ó por sus descendientes, semejantes á sus primeros antepasados."

Guiado por las mismas consideraciones, define Haeckel, á su vez, la especie como "el conjunto de todos los ciclos de generacion que presentan las mismas formas en las mismas circunstancias.

Para M. Albert Gaudry, profesor de paleontología en el Museo de Historia natural de París, las especies son *modos transitorios de tipos que, bajo la direccion del divino obrero, prosiguen su evolucion á través de la inmensidad de las edades.*

Desgraciadamente, esta definicion, parecida en el fondo á la de Martins y Naudin, supone demostrado lo que precisamente se halla en cuestion. Hay en ella una verdadera *peticion de principios.*

La raza deriva de la especie: es una variedad perpetuada é inevitablemente hereditaria.

La raza, dice M. de Quatrefages, es el conjunto de los individuos semejantes pertenecientes á una misma especie, que transmiten por generacion los caracteres de una variedad primitiva.

Añadamos, con el sábio profesor del Museo, que la raza se distingue de la especie en que su origen nos es ordinariamente mejor conocido, y en que sus caracteres, ménos fijos por regla general que los del tipo específico, tienden á alterarse y aun á perderse, desde que cesa la causa bajo cuya influencia han nacido. Esto es lo que tal vez con alguna impropiedad se llama la *vuelta al tipo.*

Respecto á las variedades se nombran así las modificaciones ligeras, las desviaciones individuales del tipo específico ó de la raza, y no necesaria é infaliblemente transmisibles por la generacion. Si estas modificaciones, estos caracteres accidentales que diferencian la variedad del tipo específico, fuesen hereditarios, ya no serian una variedad, llegará á ser una raza.

El número de las variedades en una misma especie ó en una misma raza, es algunas veces extremadamente considerable: solo en el *Quercus robur* (roble ordinario) ha contado Candoble veinte y ocho, todas espontáneas: el *rosal*, la *zarza*, el *pelargonio*, la mayor parte de nuestros árboles frutales ofrecen más todavía.

¿Quién no conoce nuestras numerosas variedades de perros, caballos, cerdos, bueyes y carneros?

La especie no es, pues, inmutable, por más que hayan dicho Linneo, Cuvier, Flourens y sus fieles discípulos. En cuanto á Buffon, partidario al principio de la fijeza absoluta, decia en 1767: "La marca de cada especie es un tipo, cuyos principales rasgos están grabados en caracteres indelebles y permanentes para siempre, pero todas las cepas accesorias varían." En dicha época se muestra, pues, partidario de la variedad limitada. Pero un año antes (1766) usaba otro lenguaje, puesto que decia: "Las doscientas especies de que hemos hecho la historia, pueden reducirse á un número bastante pequeño de familias ó troncos principales, de las que no es imposible que se hallen aisladas las demás."

He aquí la idea del trasformismo muy claramente indicada. Y más claramente aun lo está en el siguiente notable párrafo de la historia del mamout ó elefante fósil, que nos permitimos citar.

"Esta especie, dice Buffon, era ciertamente la mayor, la más fuerte de todos los cuadrúpedos. Habiendo desaparecido, ¿cuántas otras más pequeñas, más débiles y ménos notables no habrán perecido tambien, sin dejarnos testimonios ni huellas de su existencia pasada? Cuántas otras especies, habiéndose *desnaturalizado*, es decir, *perfeccionadas* ó *degradadas* por las grandes vicisitudes de la tierra y de las aguas, por el abandono del cultivo de la naturaleza, por la influencia de un clima convertido en contrario ó favorable, no son ya las mismas que eran en otro tiempo. Y, sin embargo, los animales cuadrúpedos son, despues del hombre, los seres de naturaleza más fija y de forma más constante. La de los pájaros y los peces varía más, la de los insectos más todavía; y si se desciende hasta las plantas que no se pueden excluir de la naturaleza viviente, sorprenderá la *prontitud con que varían las especies, y la facilidad que tienen para desnaturalizarse tomando nuevas formas.*

"Posible, pues, seria que aun sin cambiar el orden de la naturaleza, todos los animales del Nuevo Mundo no fuesen, en el fondo, los mismos que los del antiguo, de los cuales hubieran tenido origen; se podría decir que habiendo sido separados por mares incomensurables ó impracticables tierras, han recibido con el tiempo todas las impresiones, han sufrido todos los esfuerzos de un clima renovado, que tambien ha debido cambiar de cualidades por las mismas



causas que han producido la separacion; que, por consiguiente, se han desnaturalizado con el tiempo, etc. Pero esto no debe impedirnos considerarlos hoy como animales de especies diferentes. Que la causa de que proviene la diferencia haya sido producida por el *tiempo*, por el *clima* y la *tierra*, ó que date de la *creacion*, no por eso es ménos *real*. La naturaleza, lo confesamos, se halla en un movimiento de flujo continuo; pero al hombre le basta comprenderla en su siglo y dirigir algunas miradas adelante y atrás para entrever lo que *podia ser antes* y lo que podrá llegar á ser en lo sucesivo. (1)»

Si estas ideas son verdaderas, ¿se puede admitir, con G. Cuvier, que las especies tienen formas que se han perpetuado desde el origen de las cosas, y que provienen ó pueden provenir de una misma union? ¿Qué medio tendríamos entonces para encontrar el hilo de su genealogía? Aquí está, sin embargo, el nudo de la cuestion. En efecto, para asegurar si una forma es verdaderamente pacífica, seria preciso, como lo hace observar muy bien M. A. de Candolle, remontarse hasta el mismo origen de dicha forma, lo cual es imposible «Definir por un carácter que no se puede comprobar, y que nunca se podrá, no es definir (2).

El dato de la semejanza de los individuos que componen el grupo específico le parecia al mismo Cuvier completamente insuficiente para caracterizar ese grupo, y hasta susceptible de inducirnos á error.

¿No hay, en efecto, ménos similitud entre los diversos individuos que constituyen la especie canina, el dogo y el lebel, por ejemplo, que la que existe entre el caballo y el hemion, entre el buey y el yak, entre el llama y el alpaque, perteneciendo á especies reputadas por muy distintas? La similitud de las formas exteriores no es, pues, un criterio infalible, en opinion del mismo Cuvier. No queda en realidad más que el emparejamiento, añade este gran naturalista, para distinguir las especies entre sí.

Luego hé aqui, sobre este asunto, la ley y los profetas:

Serán considerados como específicamente idénticos

(1) Buffon, *Historia natural general y particular de los animales*, tomo 9.º, pág. 126.

(2) *Anales de las ciencias naturales*, tomo 18, 4.ª serie, pág. 77, parte botánica.

todos los seres que, uniéndose entre sí, puedan dar indefinida y regularmente nacimiento á una série de individuos semejantes á sus progenitores, y capaces de reproducirse á su vez con los mismos rasgos esenciales.

Pero preguntamos nosotros, ¿ese criterio fácil de aplicar cuando se trata de los animales superiores más próximos al hombre, es de posible aplicacion cuando se quiere estudiar los seres inferiores, cuyos amores ha ocultado la naturaleza bajo un velo que ninguna mano humana ha podido todavia levantar?

Antes de los asombrosos descubrimientos de Steenstrup, de Dujardin, de Eschricht, de Leuckart, etc., sobre las *generaciones alternantes*, ¿quién se hubiera atrevido á decir que el *pólipo hidrario* es hijo de la *medusa*; que la *tenia*, tan impropriamente llamada *lombriz solitaria*, proviene del cisticerco, ese gusano avejigado que produce la lepra en el cerdo y la modorra en el carnero?

¿Qué vienen á ser los dos criterios tan frecuentemente invocados, cuando se ven ciclos sucesivos de generaciones formadas sin union *inmediata*, y aun por reproduccion agama, no ofrecer en los individuos que las componen, ninguna semejanza, ni entre sí ni con sus comunes progenitores? Esos ciclos, tan diferentes unos de otros en cuanto á la forma de los individuos que de ellos forman parte, pertenecen, sin embargo, á la misma especie.

¿De qué sirve el criterio del emparejamiento en las especies en que solo hay un sexo y que, sin embargo, se reproducen por vía de partenogenesis, como la *Artemia salina*, ese pequeño crustáceo al que falsamente se ha atribuido el color de sangre que presentan, sobre todo, durante el éstio, las marismas mediterráneas. (1)

¿De qué sirve, aun en otras varias especies de sexos bien distintos, las abejas, las mariposas, los gusanos de seda, los psiquis, etc., cuyas hembras, completamente separadas de los machos,

(1) El caso singular de la partenogenesis en la *Artemia salina*, señalado por nosotros en 1840 (*Anales de las ciencias naturales*, tomo XIII, série 22, página 225) ha sido confirmado de nuevo por Carlos Vogt en el Congreso de la sociedad helvética de las ciencias naturales celebrado en Fribourg el mes de Agosto de 1872. La gran autoridad del célebre naturalista pone el hecho de que se trata, al abrigo de toda contestacion para lo sucesivo.

pueden en su mayor parte dar nacimiento á individuos de uno y otro sexo?

De qué sirve, en fin, en ciertos infusorios que se reproducen sin prévia cópula, y por el sólo medio de la *gemiparidad* ó de la *escisiparidad*, bien sea transversal, bien longitudinal? ¿De qué sirve en las especies fósiles? Un hecho reciente ha venido á aumentar las dificultades ya tan grandes que oscurecen la cuestión de la especie.

Dumeril y Fischer, del museo, han observado que de 45 huevos puestos por una hembra de axolote de Méjico, han salido otros tantos individuos que, llegados á la edad adulta, han reproducido unos, rasgo por rasgo, las formas y la organización de su madre, mientras que otros (9 de los 45) han cambiado hasta el punto de no parecersele ni por el color, ni por la forma, ni por la organización, ni por el género de vida.

Sin causa conocida, y con gran sorpresa de los naturalistas que acabamos de citar, algunos de esos axolotes se habian convertido en *amblistomes*, es decir, en animales considerados hasta entonces como formando un género particular de reptiles batracianos.

Los *amblistomes*, estériles mucho tiempo en sus estanques del museo, han concluido por copular y poner huevos que han reproducido los axolotes: estos no son, pues, más que la forma larval de los *amblistomes*; pero bajo esta forma se hallan dotados de la facultad de dar nacimiento á otros individuos que por el pronto se les parecen, pero que más tarde difieren por completo de sus progenitores inmediatos.

Hé ahí, pues, en la misma especie, el axolote de Méjico, hijos nacidos de la misma madre, que no sólo no se le parecen, sino que no se parecen entre sí. Verdadero caso de *dimorfismo* que, unido á las generaciones alternantes, de las que tal vez no es más que una variante inexplicada todavía, viene especialmente á complicar la noción de especie, y á demostrar el vicio de todas las definiciones que hasta ahora se han dado de ella.

¿Qué responder á M. Broca, cuando en sus bellas investigaciones respecto al hibridismo nos dice con su acostumbrada fuerza de lógica: «A pesar de la excesiva diversidad de su talla, su pelaje, sus formas y sus instintos, todos los perros domésticos pueden cruzarse y mezclarse indefinidamente.

«Se admite que sólo forman una especie y que provienen de un tronco común. Luego aquí tenemos un grupo que es especie por uno de los caracteres, la *fecundidad*, y que no lo es por otro, el *parecido* entre los individuos; porque nadie negará que hay mayor diferencia entre un zorro y un lebel, que entre un caballo y un hemion, que son especies diferentes. Que si por huir de esta objecion se supone al origen muchos tipos, es decir, muchas especies de perros, la especie que hace un momento se probaba por la fecundidad continua, pierde esta última característica, y desde entonces la noción *especie* se puede aplicar en el mismo tipo á la mezcla de dos ó varias especies.»

De los dos criterios en que se basa la noción de la especie, uno, el *parecido*, no es siempre real, ni sobre todo absoluto, y el otro, la *union fecunda*, no puede comprobarse, en todos los casos, para las especies vivientes, es inaplicable á las especies extinguidas, y á las que se reproducen por vía de partenogenesis, por *gemma*paridad ó *escisiparidad*.

No hay, pues, que admirarse ya de ver tantas especies ilegítimas y puramente nominales como se muestran, con gran detrimento de la verdadera ciencia, en nuestros libros y nuestros Museos. El mismo Alfonso Candolle confiesa que de más de 300 especies de *cupulíferas* descritas en el *Prodromus*, más de dos terceras partes son provisionales.

Por razón de las variedades que presenta el cosmopolita *Jussiaea repens*, según que se le observe en Europa ó en Asia, en Africa ó en América, dicha planta ha recibido doce nombres diferentes de los naturalistas que han tenido ocasión de estudiarlas en sus diversas residencias. (C. Martins.)

Watson afirma que 1.829 plantas británicas, que no son más que simples variedades, han sido tomadas por especies legítimas é inscritas como tales en los catálogos llamados científicos.

Todo zoólogo de buena fe hará la misma confesion en lo que concierne á una multitud de especies de animales, especialmente entre las que pertenecen al sub-reino de los INVERTEBRADOS.

Podríamos citar acerca de esto muchos errores singulares cometidos por los maestros de la ciencia, incluyendo á Caro y Cuvier. ¿Qué sucedería

si se quisiera revisar algo severamente el catálogo de las especies fósiles? (1)

Llamemos, pues, con todas nuestras fuerzas al Hércules que ha de venir probablemente un día á limpiar *esas caballerizas de Augias*, sirviéndonos de la enérgica expresion que empleaba sobre este asunto nuestro venerable amigo Leon Dufour. Esperando su venida, sobre estos fundamentos poco sólidos establecemos nuestras clasificaciones consideradas *metódicas*; despleguemos todo ese boato de divisiones y subdivisiones á que nuestro orgullo dá el pomposo nombre de *sistemas de la naturaleza* y de las que la naturaleza se burla haciéndonos á cada instante señalar con el dedo sus numerosos vacíos y sus chocantes imperfecciones.

*Especie, raza, variedad*, son, pues, palabras muy elásticas, susceptibles de diversas interpretaciones, mal definidas y sin poderlo ser mejor en el estado actual de nuestros conocimientos sobre el origen y los verdaderos caracteres de la especie, sobre la extension y los límites de sus variaciones, etc.

Como sucede con demasiada frecuencia en historia natural, llamamos perfectamente conocido á lo que no lo es, perfectamente claro á lo que todavía es muy oscuro, y se diserta más allá de lo que la vista alcanza sobre palabras que carecen de valor preciso, cuando seria necesario discutir sobre hechos cuidadosamente observados, registrados con atencion y que lleven consigo sus pruebas.

La escuela filosófica actual trata de entrar en este camino que, á no dudar, será fecundo. Pero esperando que ella conduzca al fin apenas vislumbrado en un horizonte cubierto aun de espesas tinieblas, los naturalistas se dividen en tres campos muy distintos por sus principios y sus tendencias. Los unos, con Cuvier, Flourens, etc., se declaran en favor de la fijeza absoluta de las especies desde su origen hasta nuestros dias; Geoffroy Saint Hilaire, Quatrefages, Agassiz y muchos naturalistas contemporáneos

(1) El profesor Canestrini califica, no sin razon, á los naturalistas puramente clasificadores, de niños que se divierten (*ai ragazzi che giocano*), y añade, con no ménos oportunidad, en lo que concierne á la especie humana: "*Si puo con certezza asserire che se i Negri ed i Caucasici fossero lumache, gli zoologisti li dichiarerebbero con voto unanimo, due specie ben distinte é non discese da un unico pajo.*" (*Anuario Filosófico* 1868, pág. 116.)

admiten la variabilidad hasta ciertos límites mal determinados que les parecen imposibles de franquear en el actual orden de cosas. (1) Otros, en fin, Buffon, Lamarck, Darwin, proclaman no solamente la *variabilidad indefinida*, sino tambien la *transformacion* real de unas especies en otras, consecuentemente á la filiacion directa entre los seres de los tiempos modernos y los de los tiempos geológicos.

No obstante la autoridad de los nombres, el sistema de la *fijeza absoluta* de las especies, apenas lanza hoy algunos resplandores próximos á extinguirse.

La hipótesis de la *variabilidad limitada* más atrevida y acaso más verdadera, pero impotente, sin duda, para explicarlo todo, agrupa en torno de su bandera una multitud de inteligencias acostumbradas á no lanzarse en caminos muy aventurados.

Por último, bajo la enseña aun más ó ménos proscrita de Lamarck, E Geoffroy Saint-Hilaire, y sobre todo, bajo la de Darwin, han venido á formar eminentes naturalistas y profundos pensadores, cuya falange, cada dia más numerosa y llena de entusiasmo, actividad y talento, marcha tal vez á la conquista del porvenir.

En resúmen, la cuestion de la especie no nos parece que puede considerarse resuelta ni aun bajo el solo punto de vista de su definicion; y los que hablan de ella sin cesar serian seguramente los que más embarazados se habian de ver para decirnos lo que es, y sobre todo lo que ha sido. Porque para tener de ella una idea aproximadamente exacta, seria preciso estudiarla en sus formas actuales, en sus evoluciones posibles y aun probables, á través de las pasadas edades.

Únicamente entonces, y cuando los documentos sean bastante numerosos y precisos, se podrá declarar, con conocimiento de causa, "si la especie no sale de la especie" (expresion de Virchow) ó si es de necesidad científica acudir á la posibilidad de la transformacion de una especie en otra; punto esencial de la cuestion que nos propusimos tratar, y del que dejamos para otros más hábiles que nosotros la solucion definitiva.

N. JOLY.

(1) Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire admite, sin embargo, que las variaciones que se observan en ciertas especies pueden ser algunas veces de valor, no solo *específico* sino tambien *genérico*.

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS  
 SOBRE LA HISTORIA DEL SIGLO XIX.

POR HERMANN BAUMGARTEN.

(Continuacion.)\*

Entre los más considerables trabajos históricos que en los últimos diez años nos ha ofrecido España, sólo podemos citar uno: la nueva edición considerablemente aumentada de la historia eclesiástica de España, por D. Vicente de la Fuente, de la que ha publicado el quinto y último tomo en Madrid el año 1874. El autor es un católico terriblemente ortodoxo que no puede hablar sin cierto estremecimiento del protestantismo; pero al mismo tiempo de original espontaneidad de juicio, y que no cree de su deber disimular la decadencia del clero, ni ménos lisonjear el amor propio de sus compatriotas. Allí donde él vé el mal le ataca con enérgica lealtad sin diplomático disimulo. Profundamente versado en la antigua literatura de su país, complácese en dejar la palabra á los contemporáneos, lo cual presta á sus escritos un especial atractivo. Las frases triviales que desgraciadamente tanto se emplean en el moderno estilo español, están completamente excluidas del suyo; así como la manía de perderse en consideraciones pseudo-filosóficas que nada tienen que ver con el asunto de que se trata y que sólo suelen servir para ocultar el desconocimiento de la materia. Todo el que se halle versado en los puntos que La Fuente trata, tendrá que agradecerle muchas importantes noticias; pero se encontrará chasqueado el que pretenda estudiar en su obra el progresivo desarrollo de la Iglesia, porque sólo nos presenta un verdadero mosaico de hechos aislados y muchas veces de interés secundario, sin intentar siquiera una vez introducirnos en el gran torrente del movimiento histórico. Así por ejemplo, mientras por una parte nos describe con grandes detalles el origen de la Políglota Complutense, no nos dice una sola palabra de la influencia del humanismo sobre la iglesia española, ni menciona absolutamente las características luchas que uscitó Erasmo, tanto que el lector ignora por completo que ha existido un Erasmo. Lo mismo casi sucede con los hermanos Valdés. Además, en los puntos tratados por el autor, se observan algunos notables errores. Pudiera pasar que al hablar de la lucha del Emperador con la liga de Esmalkalda diga tantos absurdos como palabras; (1)

(\*) Véanse los números 213 y 215, página 366 y 433.

(1) Su desconocimiento de la historia alemana es tan extraordinario, que se atreve á llamar al bondadoso

que designe con gran injusticia á Paulo III con el epíteto de *el bondadoso* (t. 5.º, pág. 186) y que con ciego ódio ponga en caricatura á Francisco I; pero que señale (v, 193) por causa de la traslación del Concilio de Trento á Bolonia, la guerra de Alemania que estaba á regular distancia de Trento, equivocando torpemente los años 1547 y 1552; que guiado por las modernas simpatías hácia los jesuitas represente como lo hace (v, 191) la oposición con que tuvieron que luchar en España durante el siglo xvi, y que guarde completo silencio sobre el conflicto entre Felipe II y la Curia, á pesar de que ésta se quejó en ocasión oportuna de la persecución digna de Diocleciano del monarca católico, esto, repetimos, difícilmente puede disculparse.

Acercas del punto últimamente mencionado, debemos agradecer un interesante trabajo á la *Revista de España*, que generalmente suele insertar artículos históricos de mucho valor. En el t. I (1876), ha escrito D. Cayetano Manrique, apoyado en documentos de Simancas, la historia de una enérgica lucha entre Felipe II y los jesuitas, en la cual se nos presenta aquella asociación, bajo un aspecto muy distinto que en La Fuente, y se califica de muy aventurada la afirmación de éste, de que los dominicos españoles habían secundado, en general, á los jesuitas en el siglo xvi. Felipe II creyó de su deber y del interés de la Iglesia, trabajar por la reforma de la orden, luego que llegaron á sus oídos por numerosos conductos las más graves quejas sobre los jesuitas y sobre su inmoral manera de ser. La notable carta que escribió el 21 de Marzo de 1587 á su embajador en Roma, el conde de Olivares (*Revista de España*, t. I, pág. 434), así como la posterior correspondencia del Rey con Roma, presentan á nuestras miradas sorprendidas el estado de la Iglesia de España en aquella época. No solamente la ambición y el poder de la orden despiertan las sospechas del receloso monarca, sino que en los esfuerzos de los jesuitas por emanciparse de la Inquisición, vé él un serio peligro para la fé; puesto que, si en cualquier ocasión lograba penetrar en la orden alguna tendencia herética, su impenetrable organización y su poderoso desarrollo, habían de constituir la mayor desgracia para la

Juan Federico una perfecta imagen de Enrique VIII; (muy parecido, dice, (\*) en gordura, en lascivia, en rapacidad y vicios al rey de Inglaterra.) Por estas y otras absurdas monstruosidades puede reconocer el autor que la "filosofía providencial" que como él dice (t. 5.º, pág. 67) "inspira las investigaciones de los escritores católicos" es una base muy insegura sin el exacto conocimiento de los hechos.

(\*) Tomo 5.º, pág. 192.

Iglesia. El Rey alcanzó efectivamente de Sixto V el asentimiento para la severa visita que proyectaba; pero luego supo conseguir la asociación, por medio de sus astutas maquinaciones, que fracasara todo el plan de reforma. (1)

Mientras que en derredor de Carlos V vemos agrupado numeroso círculo de historiadores y cronistas españoles, que, á pesar de la abundancia de nuestros documentos diplomáticos, saben conservar sin embargo su especial mérito, respecto á Felipe II no somos tan afortunados. A pesar de sus grandes defectos, Luis Cabrera tendrá siempre para nosotros gran valor, á causa de las fuentes en que bebió. Su historia de Felipe II, impresa en 1619 no llega, como es sabido, más que hasta el año 1583. Sabíase ciertamente en el siglo XVII que Cabrera había continuado su obra hasta la muerte del católico monarca, pero sin embargo, más tarde parece haber esto caído en olvido. Hace algunos años se encontró en un Códice de la Biblioteca nacional de París, la segunda parte hasta aquí desconocida, é inmediatamente el Presidente del Ministerio, Sr. Cánovas del Castillo, de cuyo activo celo por la historia de su país hemos de hablar todavía, envió á Villa á París para que copiase el manuscrito y dispuso luego que se imprimiese de real orden toda la obra,

Los dos primeros tomos en folio, de que hasta ahora tenemos noticia, no contienen más que la parte ya conocida. El prólogo del anónimo editor (que creemos ha de ser Villa) se extiende primeramente en elogios algún tanto exagerados sobre el mérito de Cabrera y da luego un ligero bosquejo de su vida. Por él sabemos que Felipe II le ocupó en asuntos diplomáticos en Italia, y en los Países Bajos, y en el Ministerio después á su regreso á la patria. Murió el 9 de Abril de 1623, (y con esto queda rectificada la noticia de Ticknor de que vivió hasta 1655) á los 64 años, y no á los 54, como el editor escribe no sabemos porqué.

La causa de no haberse impreso la 2.ª parte, dice Villa, consistió probablemente en que como en ella se trataba de las alteraciones de los aragoneses en 1591, cuando estos lo supieron suplicaron á Felipe III en las Cortes del país, que no permitiese la impresión de la obra. A causa de esto, los cuadernos prohibidos fueron enviados á Zaragoza; Argensola les añadió varias notas, cuyas observaciones había exigido el Rey, y no pareciéndole bien á Cabrera, había ocultado el manuscrito entero. Para la historia de Felipe III, había él también reunido con gran celo materiales que han

(1) Hübner no dice nada de esto en su libro sobre Sixto V, á pesar de mencionar al archivo de Simancas, entre los que ha utilizado para su obra.

sido publicados en Madrid en 1857. (1) En cuanto á la edición de Villa se limita á dar simplemente el texto y al fin de los tomos una pequeña tabla de materias en que se echan muy de menos como en el mismo libro los datos cronológicos. No dudamos que al fin de su trabajo cuidará el diligente editor de que pueda consultarse sin grave pérdida de tiempo esta obra que tan dilatada serie de años comprende.

En el mismo año ha publicado Villa, en colaboración con Morel-Fatio, una obra singular: la descripción del viaje que en 1585 hizo Felipe II con toda su corte á Zaragoza, Barcelona y Valencia, compuesta por un arquero de la muy distinguida Guardia Valona (2). El rey emprendió principalmente este viaje para casar á su hija Catalina con el duque de Saboya. Con este motivo se dispusieron pomposas fiestas, primero en la capital de Aragón, y después en la de Cataluña, y además se reunieron en Monzón las Cortes aragonesas para prestar juramento de fidelidad al joven Felipe. Todas estas cosas las describe el autor con un recogimiento que podríamos llamar religioso, porque está penetrado de la más profunda veneración hacia el grande y santo rey á quien llama no solamente el más poderoso, sino también el más benigno señor del universo. Este soldado, natural de los Países-Bajos, se había apropiado completamente la peculiar manera de ver de la España de aquel tiempo. Su devoción y su fé en lo maravilloso traspassa todos los límites, porque no solamente refiere con ciego éxtasis las más extrañas historias santas del pasado, sino que queda maravillado ante las más atrevidas fábulas de sus mismos días. Así refiere con crédula emoción que una mujer que vivía en Valencia, había dado á luz en 20 años, 158 hijos, (pág. 248). Esta absoluta falta de crítica pudiera retraernos de seguir adelante en la lectura de su obra; sin embargo, en aquellas cosas que el autor refiere relativas á los sucesos diarios, encontramos penetración clara y observadora, y el don de describir con gran lucidez lo que ha visto ú oído. Seguramente no se eleva jamás sobre el círculo de observaciones secundarias, ni tiene nada que ver con la política, ni cree de su competencia ocuparse en las negociaciones con las Cortes; sólo menciona hechos enteramente aislados de los que pueden sacarse algunas deducciones sobre la disposición del pueblo. Pero á pesar de todo esto, el libro nos permite

1 Su título es: Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599, hasta 1614.

(2) Relacion del viaje hecho por Felipe II en 1585, escrita por Enrique Cock. Madrid.—1876.

echar una ojeada muy instructiva sobre la España de aquellos días, y ante todo presenta á nuestra vista con claridad suma la vida de la corte con toda su fría pompa; las grandes fiestas que describe con la mayor minuciosidad; los magnates que á ellas asistian, de los que muchas veces nos da listas completas, y hasta la dama que en esta ó en aquella fiesta habia llevado la palma de la hermosura. En la descripción de todos los lugares recorridos en tan dilatado viaje, concede ciertamente el autor gran espacio á las iglesias y monasterios con sus reliquias y leyendas, pero sin embargo, no olvida tampoco referirnos las instituciones de los pueblos y Universidades, y el estado y cultura del país. Si por acaso oye hablar de una curiosa mina de sal, no teme emprender un penoso viaje para verla. Cuando la régia comitiva ha dejado sin visitar en su viaje alguna poblacion que ofrezca interés, nuestro arquero busca una ocasion de hacer una escapada para visitarla. Así, pues, estos "Anales del año 1585" como el mismo Cock titula su obra, ofrecen enseñanza bastante para que el que estudia con algun detenimiento la historia de España de aquella época, no los lea sin gran provecho.

La publicacion, hecha con arreglo á un manuscrito de la Biblioteca nacional de París, merece presentarse como modelo en su género. Los editores han añadido escrupulosas investigaciones sobre la persona del autor, una tabla de materias exacta y un riguroso índice de personas y lugares. ¡Qué dicha seria si todos los editores de otras tantas importantes obras aquí mencionadas hubiesen demostrado en ellas el mismo cuidado!

Esta crónica de la corte trae muy naturalmente á la memoria la mencion de otro ligero trabajo de Villa: las *Etiquetas de la Casa de Austria* (1). El editor encontró en el archivo del marqués de Alcañices, que estaba organizando, un manuscrito en que se describian las etiquetas de la corte de España observadas en el año 1545, y confirmadas nuevamente por una comision en Mayo de 1647. Con arreglo á aquel manuscrito, nos ofrece Villa una descripción casi completa de todas las cosas notables, y al fin añade, tomándolo de otros manuscritos, una serie de reseñas de los sucesos más especialmente dignos de mencion acaecidos en la corte, sobre todo en el siglo XVII, como la pintura de la recepción hecha al príncipe de Gales en 1623 (2), el gran Auto de fe de 4 de Julio de 1632

(1) *Etiquetas de la Casa de Austria*.—Madrid.—(1875.)

(2) Sobre este interesante episodio se encuentran noticias muy copiosas en otra obra del mismo Villa: *Noticia biográfica y documentos históricos relativos á*

y otros. Esta obrita ha de ser muy apreciada de todo aquel que necesite estudiar la historia de los Augsburgos españoles.

Muy cercana ya á los límites de nuestra época está otra publicacion con la que nos proponemo terminar esta ya demasiado extensa ojeada. Nos referimos á la *Historia de Felipe III* (1), publicada por primera vez por Cánovas del Castillo, con arreglo á un manuscrito de Madrid. La conocida de largo tiempo se habia atribuido hasta ahora á un cierto Bernabé de Vivanco. Cánovas ha demostrado por medio de un escrupuloso exámen, la imposibilidad de que el autor fuese este Vivanco, muerto ya en 1625, puesto que el mismo que escribió estas Memorias de Felipe III compuso tambien la *Historia de Felipe IV* hasta el año 1646. Esta prueba negativa era bastante fácil de establecer, y por el contrario, el descubrimiento del verdadero autor ofrecia grandes dificultades que, sin embargo, la perseverancia del editor ha conseguido igualmente superar. Por medio de una ingeniosa comparacion de las indicaciones contenidas en las Memorias, con las fechas de las cuentas de corte, ha conseguido averiguar que el gentil-hombre Matías de Novoa, ardiente partidario del duque de Lerma, y no ménos apasionado adversario del de Olivares, ha sido el autor de estas Memorias.

Su Excelencia ha de permitirnos que concedamos poca importancia al descubrimiento. Mucho más apreciamos nosotros que estos estudios llamen la atencion de un hombre de su posicion y que en ellos encuentre el mejor esparcimiento á los cuidados de la administracion del Estado. Sabido es cuánta utilidad reportó el cultivo de las ciencias históricas en Francia de la subida al poder de Guizot y de su poderoso influjo en favor de ellas. Si los eruditos españoles han hecho más para la historia de su patria en los últimos años que en muchos de los anteriores, y si en Madrid el interés por los asuntos históricos parece haber tomado excelente direccion, no dudamos en atribuir una no pequeña parte de este resultado al

*D. Diego Hurtado de Mendoza*. Madrid, 1873. Este Mendoza fué nombrado por Felipe IV, en Setiembre de 1623, embajador extraordinario en Inglaterra para proseguir las negociaciones sobre el matrimonio. Los documentos transcritos ilustran especialmente la estancia del príncipe de Gales en Madrid.

(1) En la Coleccion de Documentos inéditos, tomos 60 y 61. Madrid. 1875. Tambien para los siguientes volúmenes en que se ha impreso "por primera vez," como dice el autor, la *Historia de las Indias*, de Bartolomé de las Casas, habia prometido Cánovas su cooperacion para escribir la biografía del obispo. El tomo 66, último que conocemos, no la inserta todavía.

hermoso ejemplo ofrecido por el hombre colocado al frente de los negocios. Nada mejor podemos desear á esa nacion ya tan escarmentada, como el que su serena y vigorosa inteligencia logre hacerla marchar por el camino de un ordenado progreso, y cierre para siempre el funesto período de las revoluciones, que ha servido, como podria probarse, para que todos inferan al país heridas cada vez más profundas. Lo que más necesita España es un trabajo silencioso y sostenido, único que puede salvar su vida intelectual de la profunda decadencia en que la han sumido tan innumerables transformaciones. Además de esto, los que al frente de la nacion se encuentran no pueden olvidar que para el sano progreso intelectual de su país, así como para el desarrollo de una política fecunda, es absolutamente indispensable, como condicion prévia, mantenerse con inflexible energía alejados de ese funesto espíritu que sumió á España en la miseria del siglo xvii y que en el xix ha sido también la principal causa de todas sus desgracias. Un Gobierno que permita nuevas violencias á este mal espíritu y que someta á su influjo las escuelas y Universidades del país, (1) se afanará completamente en vano por difundir una nueva ilustracion.

Y cuenta que para las investigaciones históricas es infinitamente más importante un buen arreglo de la instruccion pública, tan lamentablemente desorganizada hoy en España, que todas las sabias publicaciones, escuelas diplomáticas, arreglo de nuevos archivos y otras cosas semejantes. Todo esto favorece en especial á los investigadores extranjeros; pero los conocimientos históricos, de que nadie está más necesitado que España, han de progresar poco por esos medios, mientras falte la condicion fundamental de la ciencia y crítica históricas, que es el estudio profundo de la antigüedad. Si esto no se supiese ya hace mucho tiempo, el ejemplo que España ofrece convenceria á todos de que la investigacion histórica se agita en el vacío cuando la falta este fundamento. En tanto que en los Institutos españoles sólo se den no-

ciones muy superficiales del latin y ninguna absolutamente del griego, los historiadores españoles han de quedar muy rezagados respecto á los demás del mundo civilizado. Porque el que no ha bebido en aquella fuente de la antigua libertad del espíritu; el que no ha aprendido á mirar en el estenso pero claro horizonte de la antigüedad, sólo por inusitado don conseguirá la capacidad de orientar sus ojos por entre las complicadas, y por tantos movimientos subjetivos, oscurecidas relaciones de tiempos posteriores. Y no hay nacion alguna para cuyos eruditos sea más indispensable esta clara y fuerte luz del mundo antiguo que para España, sobre la que su historia y un predominio clerical sin ejemplo han extendido una profunda noche de fantásticas quimeras. Estas tinieblas deben irremisiblemente disiparse, y sólo entonces podrá empezar á encaminarse la nacion con seguros pasos hacia ideales bien definidos; sólo entonces lograrán también sus investigaciones, conocer la completa verdad de la pasada existencia.

Traducido de la *Historische Zeitschrift* por

ANTONIO PAZ Y MELIA.

## LA PHYLLOXERA VASTATRIX.

DE LOS PROCEDIMIENTOS MAS EFICACES PARA  
SU EXTINCION.

No vamos á ocuparnos en hacer una reseña biológica, ni una descripcion científica del insecto, ni ménos aún el análisis detenido de la importante cuestion legal que entraña la expropiacion forzosa de las vides atacadas; no es nuestro ánimo tampoco determinar con datos estadísticos la gravedad del mal ó discutir si este hemiptero es ó no la causa directa de la enfermedad; vamos á concretarnos tan sólo á resumir en el corto espacio de que disponemos, los medios más eficaces para la extincion de la plaga que amenaza invadir nuestros campos y que representa un peligro inminente para la viticultura española.

Son tantos y tan varios los métodos propuestos, que su simple enumeracion nos llevaria más lejos de lo que permite un trabajo de la índole del presente. Esto no es de extrañar. Francia, por ejemplo, que halla desde el año de 1863 atacados sus vidueños por tan temible insecto, tenia que

(1) Con asombro hemos leído en el preámbulo del nuevo proyecto de ley de Instruccion pública. (*Revista de Archivos* tomo 7.º, pág. 7) que los establecimientos oficiales de enseñanza en España han de estar "siempre acordes al dogma de la Iglesia católica AUN EN LO PURAMENTE CIENTÍFICO." De darse á este aserto el único sentido que puede tener, la ciencia en España, en todo aquello en que el Estado tiene intervencion, tendrá que quedar subordinada al dogma. Lo cual equivale á decir con otras palabras: en cuanto del Estado dependa, no habrá en España una ciencia que merezca el nombre de tal. También el proyecto excluye el griego de la enseñanza oficial.

hacer lo que ha hecho, tenía que oponerse con todas sus fuerzas y con todos sus medios de acción al desarrollo de la plaga, tenía que defender el nervio de su agricultura representado por 2.500.000 hectáreas de vid, tenía, en suma, que salvar de la miseria más espantosa á siete millones de almas que viven con el cultivo de tan precioso arbusto, prosperan con las industrias que de él se derivan y se enriquecen con el comercio de sus productos. Así es, que desde el químico más eminente al más rústico labriego, han trabajado y trabajan por encontrar una solución á este difícil problema, y causan sorpresa y se admiran y se aplauden los esfuerzos de los unos, la inventiva de los otros y el celo y la perseverancia de todos en defenderse del comun enemigo.

No es ciertamente nuestra España el país que ménos interesado debe estar en cuanto se refieren á tan vital asunto; en riqueza vitícola, sino supera, se halla por lo ménos al nivel de las naciones en que más desarrollado se encuentra este cultivo, comarcas enteras fundan en él la base de su principal riqueza y muy pocas son las provincias donde no se concede una importancia grande á este vegetal; un distinguido estadista ha hecho una frase acerca de él, que por lo gráfica y lo exacta debemos reproducir. España, ha dicho, no tiene derecho á ser el granero de Europa, pero sí la bodega más rica del universo.

Prescindiendo, porque en el ánimo de todos está, de otras apreciaciones que tiendan á demostrar las ventajas que, tanto en el orden material cuanto en el social, reporta un venero de producción tan fecundo; omitiendo hablar, porque son notorios, de los males que á la agricultura patria irrogaria la presencia de un huésped tan temible, y pasando por alto, porque ya se han adoptado en gran parte los medios que pudiéramos llamar administrativos y que significan no más que acuerdos prudenciales, capaces de prevenir pero jamás de curar el mal, vamos á ocuparnos en indicar los que representan en determinadas ocasiones la extinción de la plaga y los que influyen en otras muchas para que no sea rápido su desenvolvimiento.

Ya hemos dicho que son en número considerable; pero desgraciadamente, unos por su poca eficacia, otros por su excesivo coste y muchos por la dificultad con que se tropieza al llevarlos al terreno de la práctica, los resultados obtenidos con ellos, han sido hasta ahora, en la mayo-

ría de los casos, nulos ó contraproducentes.

El guano, los superfosfatos, las orinas y el estiércol de cuadra entre los abonos; el amoníaco, la potasa, la sosa, los carbonatos de potasa y de amoníaco y los jabones, entre los álcalis; algunas sales como el sulfato de hierro, de cobre, de zinc, el bicloruro de mercurio, el cianuro de potasio y el fosfuro de calcio; la brea de hulla, la bencina, el petróleo, el ácido fénico, la esencia de trementina, la creosota, el ácido pírico y otros muchos productos empíreumáticos, se han ensayado con mejor ó peor éxito, pero ninguno ha producido las ventajas que se esperaban ni los resultados que se apetecían.

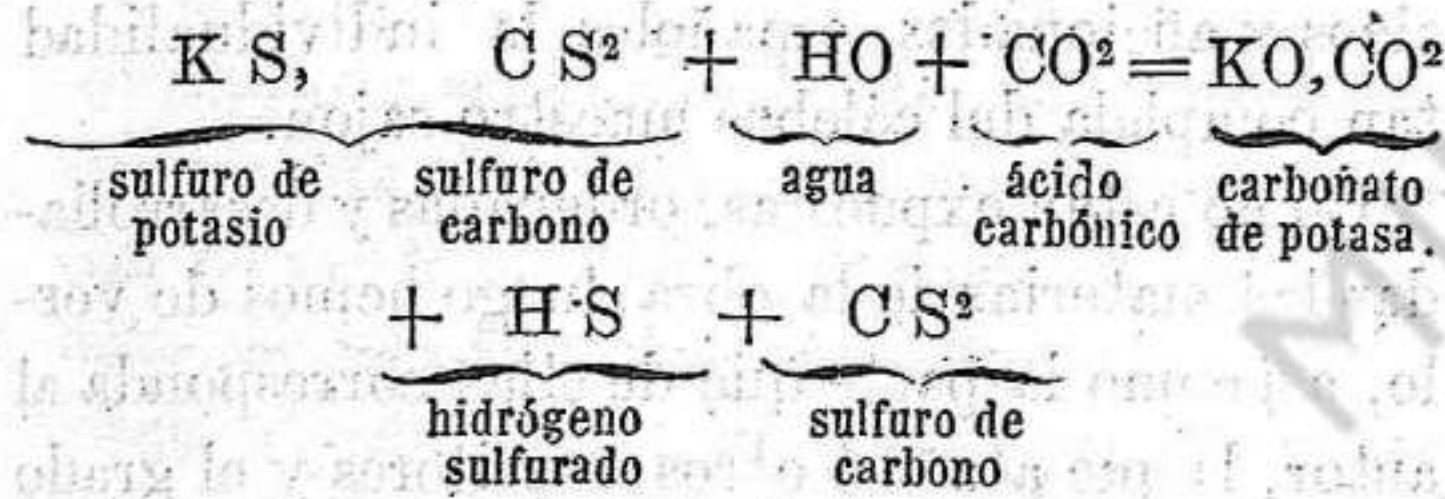
Apelando la ciencia á los productos sulfurados, halla entre los sulfo-carbonatos alcalinos y principalmente en los de potasio y sódio, un arma poderosísima, capaz de combatir á la filoxera y quizá de extinguirla, si la práctica resuelve el problema de su aplicación al gran cultivo. Pero no hay que hacerse ilusiones; mientras esto no suceda poco se ha conseguido, mientras no tengamos una sustancia capaz de matar al insecto sin destruir la planta, de fácil aplicación y económica por lo tanto, los intereses materiales de los viticultores estarán á merced del devastador hemiptero, y sus efectos se dejarán sentir, traduciéndose en un corto plazo en miseria para unos, en graves perjuicios para otros, y en desastres sin cuento para la nación que abrigue en su suelo tan pernicioso germen.

Conviene, sin embargo, tener muy presente que el sulfo-carbonato de potasio y el de sodio son las sustancias más enérgicas de cuantas se han ensayado; que su eficacia está probada y comprobada en numerosas ocasiones, que nuestros vecinos, después de doce años de constantes observaciones y de importantes trabajos las recomiendan, y las recomiendan sin rodeos, de un modo explícito y con la confianza que dá la práctica de su conocimiento, y por último; que aparte de los inconvenientes que ofrecen, reúnen gran número de ventajas que más adelante exponaremos.

Es el sulfo-carbonato de potasio ( $\text{KS}, \text{CS}^2$ ), el producto que resulta de la combinación del mono-sulfuro de potasio con el sulfuro de carbono. Soluble en el agua y poco soluble en el alcohol, comunica á éste una coloración rojiza poco intensa, fundiéndose *al rojo naciente*, y



descomponiéndose en trisulfuro de potasio y carbono. Los sulfo-carbonatos alcalinos de potasio y de sódio se descomponen también bajo la influencia del ácido carbónico; esta propiedad hace de tales cuerpos unos poderosos insecticidas, porque habiendo, cuando esto se verifica, desprendimientos de hidrógeno sulfurado y de sulfuro de carbono, y siendo estos gases sumamente nocivos para la fíloxera, resulta que su lenta descomposición sobre el suelo, influirá en el referido insecto de una manera constante y enérgica. Esto, unido á que cuando termina su acción sobre aquel, constituye un excelente abono para las vides el carbonato de potasa, movió al distinguido químico M. Dumas á recomendar su empleo y á vulgarizar su aplicación. Traduciendo al lenguaje de la ciencia estas ligeras consideraciones, y tomando como base el sulfo-carbonato de potasio, tendremos:



Las numerosas experiencias hechas con esta sustancia, han demostrado en ella dos preciosas cualidades; una gran energía como agente tóxico sobre el insecto, y una acción relativamente débil sobre el vegetal.

La condición necesaria é indispensable para que surta el resultado útil que se busca, es que penetre en el suelo lo suficiente para que todas las fíloxeras perezcan. Si esto no se verifica, nada habremos conseguido, una vez que no quedan destruidos todos los gérmenes, y por insignificantes que sean los existentes, habrán de seguir causando estragos, dada la prodigiosa multiplicación del insecto. Para atender á esta circunstancia se usa el agua como vehículo, y su cantidad varía, según que el terreno sea más ó menos arcilloso, silíceo ó pedregoso, según que las lluvias sean más ó menos frecuentes y según, en fin, otra serie de condiciones tanto físicas como climatológicas á que pueden estar sujetas las localidades donde se empleen los sulfocarbonatos.

La época más oportuna para usarlos es durante los meses de Febrero y Marzo, porque entonces las lluvias suelen ser más frecuentes, y la disolución, por lo tanto, podrá ser más concentra-

da. De 30 á 40 gramos de sulfocarbonato de potasio, disueltos en cinco litros de agua, bastan para desinfectar un metro cuadrado, siempre que las cepas sean jóvenes y el suelo tenga una profundidad de 50 á 70 centímetros; pero si el viñedo fuese muy antiguo y la profundidad del suelo llegase ó pasara de un metro, entonces se aumentaría la dosis del sulfocarbonato citado hasta 60 ó 70 gramos. Preparada así esta disolución, se ejecuta una pequeña labor alrededor de las cepas, labor que viene á tener próximamente unos 80 centímetros de longitud por 8 ó 10 centímetros de profundidad, y á la cual se dan las formas, los declives y las magnitudes convenientes, según que el terreno tenga una pendiente más ó menos rápida. Hecho esto, y en disposición, por lo tanto, las vides enfermas de recibir el licor insecticida, se vierte al pie de la planta, cuidando de adicionar tan pronto como ha sido absorbido por el terreno ocho ó diez litros de agua, con objeto de que la disolución penetre hasta las raíces más profundas, arastrada por el mencionado líquido.

Ahora bien; si es indudable la eficacia de los sulfocarbonatos; si está demostrada con hechos su acción perniciosa sobre el insecto y benéfica sobre la planta; si los resultados siempre han respondido á las esperanzas concebidas y la parte primera del problema ha sido, por consiguiente, resuelta, ¿podremos recomendar en absoluto su empleo? ¿No tiene el punto de vista económico, tanta importancia, tanta trascendencia y utilidad tan grande como el científico? Sí, ciertamente, y no basta que la química haya averiguado el medio de destruir la plaga, no basta tampoco que el insecticida reúna las condiciones de energía que antes hemos apuntado, ni satisface, en fin, que su aplicación se halle al alcance del más rutinario agricultor; circunstancias son estas que pueden hacerlo, y lo hacen en efecto, recomendable; pero de eso á preconizar su uso de una manera absoluta, hay una inmensa diferencia, existe el mismo insondable abismo que separa en otras muchas cuestiones á la teoría de la práctica.

Determinar el precio de coste por hectárea, traducir al lenguaje numérico los resultados prácticos obtenidos, deduciendo por consecuencia si producir los beneficios consiguientes á este procedimiento, equivale ó supera á los estragos que el mal origina, serían cuestiones convenientes.

tes de tratar pero muy difíciles de resolver con exactitud, porque todos los datos varían según el precio de los sulfocarbonatos, la cantidad de agua necesaria, la distancia á que hay que conducirla, los medios de comunicacion, el jornal del bracero en la localidad y otra serie de circunstancias que tanto difieren sobre todo en un país como el nuestro.

Para terminar con lo referente al empleo de estas sustancias, haremos constar que cuantas ventajas como insecticida y cuantos inconvenientes económicos hemos señalado en el sulfocarbonato de potasio, son aplicables al de sódio, que se aplica en la misma forma sobre el terreno, si bien es conveniente asociarle un abono potásico que represente por lo ménos 20 gramos de sulfato de potasa por metro cuadrado, ó 200 kilogramos por hectárea, y que su accion es algo más enérgica que aquél, razon por lo cual se le adiciona el abono mencionado.

Por último, si desgraciadamente la fíloxera atacase nuestros viñedos, antes que el mal revista imponentes caracteres, antes que sus efectos determinen daños irremediabiles, y antes que la prosperidad de muchas comarcas se trueque en miseria, conviene que el Gobierno, en primer lugar, las Diputaciones y las sociedades de viticultores que deben crearse, contribuyan con medios enérgicos á estirpar el mal en su origen; aquél facilitando recursos científicos, adquiriendo grandes cantidades de los productos químicos que hemos mencionado, y repartiéndolos gratis á los propietarios, vulgarizando por medio de cartillas prácticas el conocimiento del insecto y los caracteres de la vid enferma; las Diputaciones, allegando recursos para las indemnizaciones que se acuerden, y las sociedades vitícolas abriendo suscripciones y adoptando medidas que tiendan á facilitar los esfuerzos del Estado. No creemos que declarado el mal puedan estas medidas extinguirlo, pero sí serán capaces de localizarlo, que es, á nuestro juicio, el primer paso que hay que dar para que la plaga nos abandone sin tocar sus funestos resultados, y sin que nos deje dolorosos recuerdos.

JOSÉ DE ROBLES.

(Continuará.)

## RICARDO WAGNER.

Ensayo biográfico crítico, con un extenso prólogo epistolar del doctor D. José de Letamendi, por J. Marsillach Lleonart.—Barcelona.—Teixidó y Parera. Un volumen en 4.º, adornado con láminas y dos autógrafos.

### I

Hé aquí un libro cuyo sólo título ha de llamar la atención. Es el primero que se publica en España, dedicado á examinar la poderosa individualidad del autor de *Tannhäuser*, es el primero escrito bajo la impresion de las teorías revolucionarias del gran poeta y del gran crítico; es el primero, en fin, que intenta con extension y copiosos datos la tarea de presentar á los músicos y aficionados españoles la individualidad tan compleja del célebre maestro sajón.

Como están expuestas, ordenadas y desarrolladas las materias de la obra, luego hemos de verlo, así como la parte que de ellas corresponda al autor, la que atañe á otros escritores y el grado de interés que la recopilacion de ideas ajenas y propias, presta al trabajo literario del Sr. Marsillach, bautizado por su autor con el modesto nombre de ensayo.

Pero antes de entrar en ese orden de consideraciones, fuera notoria injusticia regatear los elogios á quien, llevado por inclinaciones dignas de loa, ha acometido y realizado un trabajo cuyo sólo título envuelve cuestiones de gran utilidad artística y de palpitante interés.

Las dificultades de esta empresa, á nadie pueden ocultarse, que siempre fué en extremo arriesgado levantar bandera contra las preocupaciones de la ignorancia ó la mala fe, sabiendo que la una y la otra imperan en campo dilatadísimo, como de ello pueden dar ejemplo las reñidas polémicas de que han sido objeto géneos ayer despreciados y hoy por todos reconocidos.

Las dificultades suben de punto al pensar que el artista á quien dedica el Sr. Marsillach su primera obra literaria, se halla aún en el período de productividad, á pesar de su edad avanzada, y que, léjos de haber impuesto la muerte silencio á las alabanzas tardías é hipócritas que ha traído consigo la desaparicion de los verdaderos géneos, el que ocupa al Sr. Marsillach

vive aún fuerte y vigoroso y como nunca quizá hoy combatido y vituperado.

Quien mira hoy serenamente á Wagner, comete casi un delito; quien se atreve á tocarle contrae una gran responsabilidad. El Sr. Marsillach mira y toca á Wagner. Comete el delito y contrae la responsabilidad, pero es á los ojos de los tontos ó los necios, de los que afirman ó niegan en absoluto, de los pobres de espíritu ó ricos de osadía; que para los que juzgan las cosas de buena fe y con conocimiento de causa y no se dejan llevar por falsas propagandas ó malos instintos, no hay delito, ni responsabilidad.

Del primero, en caso de haberlo, le hubiera absuelto su entusiasmo artístico: de la segunda le hubiera eximido la buena fe, la honradez con que ha escrito su libro.

## II

No es nuestro objeto tratar de Wagner, sino del Sr. Marsillach; no queremos hablar del autor de los *Nibelungen*, sino del estudio que un escritor español le ha dedicado.

En el primer caso, nos veríamos precisados á ocuparnos de los impugnadores del célebre maestro, de los enemigos que Wagner tiene en España, enemigos que, prescindiendo de un reducido número que le combaten de buena fe, son en su mayor parte ignorantes que tratan de materias que no conocen, á conciencia de que no las conocen, hablan de armonía y melodía y contrapunto é instrumentación, y no saben si el *fá* se escribe en línea ó en espacio; cortesanos del público cuyos estravíos alientan, *servum pecus* de las mayorías, que disparatan con la oronda despreocupación de los omniscientes, que no conciben que una obra aplaudida pueda haber sido mal interpretada, mientras niegan en absoluto ó regatean su aprobación á todo lo que la mayoría no haya previamente aprobado; rémora del arte cuyas preocupaciones estimulan, y escarnio de la crítica cuyos deberes desprecian, incapaces, como lo son, de comprenderlos.

Discutir con ellos sería perder tiempo y paciencia, sería gastar pólvora en salvas. ¡Guárdenos Dios de incurrir en semejante debilidad!

En el segundo caso, nos hallamos en condiciones perfectamente adecuadas para entrar con franqueza en el terreno de la crítica, puesto que el Sr. Marsillach admira á Wagner y nosotros

también lo admiramos. Nuestros sentimientos son, pues, convergentes, y sin meternos á averiguar si la admiración del Sr. Marsillach traspasa ó deja de hacerlo los límites que hemos asignado á la nuestra, es lo cierto que nos encontramos en estado muy propio para llegar á una inteligencia mútua.

## III

Precede al estudio biográfico-crítico del señor Marsillach, un extenso prólogo epistolar del doctor D. José de Letamendi. Es una larga carta dirigida al autor del volumen, y en la cual describe á grandes rasgos el Sr. Letamendi el arte teatral, haciendo un resumen de lo que de esta importante materia ha dicho Wagner en varias de sus obras literarias.

El prólogo del Sr. Letamendi, considerado bajo el punto de vista filosófico, contiene ideas y apreciaciones de elevado alcance, desarrolladas con verdadero ingenio, pero ostenta por regla general un estilo afectado, culterano y con pretensiones tales, que ni á Cervantes perdona el Sr. Letamendi. Y es decirlo todo. Extraño es ciertamente que, quien como el Sr. Letamendi, se muestra tan entusiasta de Wagner, sea tan pulcro y rebuscado, á fuerza de querer pasar por puritano, en las exterioridades de la forma, y llegue á hacer la apoteosis de ese estilo liso y peinado, fruto del artificio y negación de la naturalidad. Por lo demás, las opiniones del Sr. Letamendi respecto al valor y trascendencia de las doctrinas estéticas de Wagner, están expuestas con la firmeza de una convicción real, y denotan una vez más los grandes conocimientos y el talento escrutador de que ha dado pruebas repetidas y manifiestas el eminente profesor de medicina.

## IV

El primer capítulo de la obra del Sr. Marsillach, es un bosquejo biográfico de Ricardo Wagner, en el cual la historia del gran maestro está trazada con extensión, y abraza todas las etapas artísticas del autor de *Lohengrin* hasta los momentos presentes.

## V

*El poema musical* se titula el capítulo segundo, destinado á tratar la árdua cuestión de la fusión de la poesía y la música.

Antójasenos que el Sr. Marsillach es en este asunto excesivamente wagnerista, traspasando los límites de la conveniencia, en cuestion que se presta á grandes estudios y que no puede ni debe juzgarse bajo el orgulloso punto de vista que envuelve el autógrafo de Wagner, colocado á la cabeza del trabajo del Sr. Marsillach.

Las censuras á los *libretti* convencionales y absurdos que han dado márgen, sin embargo, á bellísimas creaciones, está en su punto y hasta insiste demasiado en ellas el Sr. Marsillach, ya que se trata de cosas juzgadas y condenadas para siempre; pero echar por tierra todo lo que salga del poema de *Tristan and Isold*, (expresion la más acabada del poema musical de Wagner) nos parece un tanto arbitrario; que no es necesario despreciar *L'art des vers lyriques* de Castil-Blaze, por ejemplo; para erigir en sistema las absorbentes teorías germánicas, los principios absolutos, egoístas de Ricardo Wagner, esos principios inasimilables para quien no sea capaz de crearse un doble ideal, el del poema dramático ó legendario y el de la composicion musical. Y aún con haberlos realizado Wagner en teoría, no están exentos sus medios prácticos de antagonismos y negaciones.

El teatro es y será siempre pura convencion; su existencia se basa en las concesiones del espectador, y será, por ende, difícilísimo, someterlo á un materialismo que lo mataria. Téngalo presente el Sr. Marsillach, y crea que las ideas de Beauquier, discutibles en extremo en su esencia, se fundan en necesidades imperiosas que afectan al organismo vital del arte, necesidades que Wagner reconoce, á pesar suyo, cuando su númen musical le lleva por ejemplo á la grandiosa, á la sublime explosion del acto primero de *Lohengrin*.

Entre los libretos de los maestros italianos y los poemas de *Tristan* y *Meistersinger*, existe un término medio, aún no hallado, pero que un talento ecléctico, un génio vigoroso hallarán un día. Y ese día se conocerá la gigantesca huella de Wagner y se apreciarán los grandes beneficios que sus *revoluciones* han de proporcionar al arte.

Dice Beauquier que todo buen libreto debe estar lleno de situaciones musicales y llama así «á la parte de la obra literaria en la que, habiendo llegado los sentimientos de los personajes á cierto grado de exaltacion, los actores pueden prescindir de la accion, detenerse y volver sobre

sí mismos para desarrollar la pasion que les anima.»

El Sr. Marsillach se rie de este párrafo y hace muy mal. Ese párrafo es el final del primer acto del *Lohengrin*, y de ningun modo el chavacano espera que te lo diré cantando del prólogo del señor Letamendi.

Confiamos en que no han de ocultarse á la penetracion del Sr. Marsillach nuestras ideas respecto á este asunto, por más que la índole de este trabajo no nos permita darles la amplitud y desarrollos debidos.

## VI

El capítulo tercero del volúmen lleva por título *La Música Teatral*, y es un estudio apasionado de la debatida cuestion sobre el predominio de la melodía en la composicion musical. El Sr. Marsillach encabeza este capítulo con la siguiente cita de *Los maestros cantores de Nuremberg*, de Wagner: «¡Ni pausas, ni fiorituras, ni vestigio de melodía!»

Por esta cita puede darse idea de las que resplandecen en esta parte de la obra del Sr. Marsillach. Sus catilinarias contra los compositores italianos revelan desde luego los manantiales en que se ha inspirado para escribir la obra, y en cuanto á la decantada cuestion de la melodía infinita, el Sr. Marsillach se ve precisado á citar textualmente la definicion de Wagner, que deja el asunto tan á oscuras como al principio.

Ya en otra ocasion nos hemos ocupado de la melodía infinita, ese principio abstracto que Wagner no ha llegado á hacer inteligible, esa melodía de la selva, esa melodía del silencio eterno, en cuya descripcion metafísica luce el autor de *Tannhauser* las sutilezas de su ingénio de escritor, pero cuya aplicacion seria una monstruosidad. No tenemos por qué repetir ahora argumentos pasados que harian interminable este artículo, pero séanos permitido rebatir una apreciacion del Sr. Marsillach, que personalmente nos atañe.

Hé aquí en qué términos se expresa el señor Marsillach.

«Respecto á la carencia de melodías, empiezo por negar el hecho; el Sr. Peña y Goñi... ha demostrado que esto es imposible, porque hasta en una série de acordes las notas agudas, impresionándonos con mayor viveza, forman melodía. El

doctor Letamendi me ha hecho observar un fenómeno curiosísimo que hace que no pueda admitirse en absoluto esta teoría del Sr. Peña y Goñi. Cuando se dan sucesivamente las tres quintas descendentes de un instrumento de cuerda bien templado (violín, viola ó violoncello), el oído percibe una melodía cadencial que no está formada por las notas superiores. Así, por ejemplo, al dar rápidamente y *staccato* (en la viola ó violoncello), las quintas *la-re, re sol, sol-do*, el oído percibe de la primera quinta el *la* (nota superior), pero de la segunda el *sol*, y de la tercera el *do* (notas inferiores) y esta cadencia *la-sol-do* es la que instintivamente reproducimos para recordar el efecto que en nosotros produjo aquella sucesión de quintas."

Con decir que el fenómeno curiosísimo que el Sr. Letamendi ha hecho observar al Sr. Marsillach no es otra cosa que las notas armónicas de las cuerdas vibrantes que ambos señores pueden estudiar en cualquier tratado de acústica musical, y con decir que al hablar de la melodía infinita de Wagner, buscamos una fórmula de aplicación general de la sustancia melódica y de ningún modo tratábamos de esta materia preexistente, por decirlo así, en la música, está demostrado que el Sr. Marsillach confundió los términos.

Su ejemplo no tiene aplicación, porque las quintas que cita no constituyen, ni aisladas ni con sus armónicos, melodía de ningún género, incluso la cadencial que no entendemos y nos parece una verdadera paradoja.

Cuando escribimos el ligero estudio del cual ha tenido la bondad de entresacar la cita el señor Marsillach, nos esforzábamos en buscar una fórmula práctica al mito de la melodía infinita, porque el Sr. Marsillach no negará seguramente que toda aplicación de cualquier principio artístico debe necesariamente someterse á las leyes inmutables de lo bello, cuya esencia reside en la armonía y no es lo mismo examinar una sustancia que flota en el espacio, que descomponerla para ciertos fines.

Más claro; la melodía puesta al servicio del arte en el drama lírico, no puede ser el sonido intrínseco con los fenómenos acústicos que le acompañan: debe ser el sonido sometido á ciertas reglas y concurriendo á propósitos dados; no la sustancia fónica, sino el elemento artístico musical.

Por esa razón citábamos una frase hecha, completa, bellísima de Gounod (coro á voces solas, final de la escena de la muerte de Valentin en el *Fausto*) para demostrar que una sucesión de acordes de perfecta trabazón y obedeciendo á las reglas del arte bello, tiene una significación melódica para el oído, puesto que las notas superiores, imprimiéndose fuertemente en él, hacían el efecto de la sucesión y no de la simultaneidad, esto es, se convertían en melodía.

Otro tanto podíamos decir del motivo del célebre tema con variaciones de la sonata dedicada á Kreutzer por Beethoven, del coral de peregrinos del *Tannhäuser*, del coro de *Guillermo Tell*, donde se hallan las inmortales quintas de Rossini y de otras muchas piezas que podríamos citar.

En cambio, siguiendo las teorías del Sr. Marsillach, que acepta como bueno el fenómeno curiosísimo del Sr. Letamendi, los términos aparecían invertidos, resultando que en música toda melodía se resuelve en armonía, lo cual sería de todo punto absurdo y contradictorio á las ideas de Wagner, que el Sr. Marsillach defiende y propaga.

Baste lo dicho para comprender el falso punto de vista bajo el cual examina el Sr. Marsillach la cuestión, y terminemos el largo examen de este capítulo con una observación que se dirige á apreciaciones completamente desprovistas de fundamento y que atañen á un gran genio y á una obra maestra, á Carlos Gounod y al *Fausto*, y envuelven á la vez ideas extrañas respecto al discurso melódico.

Dice el Sr. Marsillach (página 88):

"Wagner desarrolla la melodía con una profundidad admirable. Podría aplicársele lo que ha hecho decir á un eminente catedrático (Letamendi.—*Discurso sobre la naturaleza y el origen del hombre*) que goza del raro privilegio de poseer en todo un criterio sólido y una penetración sin igual al hablar de las variantes formales que presentan en su sucesión los específicos naturales. "Con la mitad de los fecundos motivos que Gounod derrocha en el *Fausto*, y de cuyo valor quizá él mismo no tiene bien clara idea, hubieran desarrollado cuatro ó cinco partituras Bach, Mozart, Beethoven, Meyerbeer y otros de genio más providente y económico."

A esta cita del Sr. Letamendi acompaña una

llamada del Sr. Marsillach, que forma adecuado *pendant* con la cita.

Dice así la llamada:

«En prensa ya los primeros capítulos de esta obra, he asistido al estreno de la bellísima partitura de Gounod, *Cinq-Mars*. Añado ésta para hacer observar cuánto ha ganado Gounod desde el *Fausto* en lo referente á *economía de composición* y desarrollo de las ideas; diríase que había leído el pasaje transcrito (!!!) No es aún la perfección, pero sí es el progreso.»

En cuanto al párrafo del Sr. Letamendi, permítasenos creer que el *criterio sólido* y la *penetración sin igual* que, al decir del Sr. Marsillach, posee en todo el eminente doctor, han sufrido en la ocasión presente un momentáneo eclipse.

¿A qué llama el Sr. Letamendi genio providente y económico? ¿A Bach por sus fugas y preludios? ¿A Mozart por sus cuartetos? ¿A Beethoven por sus sinfonías? ¿A Meyerbeer por el coral de Lutero en *Los Hugonotes*?

¿Cree el Sr. Letamendi que Mozart en sus óperas y Beethoven en su *Fidelio* son genios económicos? ¿Piensa que lo es acaso Meyerbeer en sus asombrosas creaciones? No hablemos de Bach porque carece de aplicación en este caso.

¿Derrochador Gounod en su inmortal *Fausto*? De aquí á la *musique de lorette* de Wagner no hay más que un paso.

No; Gounod no derrocha ningún motivo porque es demasiado maestro para hacerlo, y si como han dicho algunos biógrafos del gran artista, sus melodías son cortas, tienen suficiente expresión para realzar el sentimiento dramático, que si por la cantidad fuera á avalorarse la belleza, resultaría Piccini superior á Gluck, y Mozart inferior á Salieri.

¿Genio económico Meyerbeer! ¿El autor del *ario*so del *Profeta*!

Ni económico ni derrochador. Someter á los artistas creadores á una pauta de composición é inteligencia musicales, sería tanto como privar al genio de ese soberano arranque que le impulsa al descubrimiento de la novedad; sería privarle de aliento, sería acortar su vuelo impetuoso y sublime; sería despojarle de esa potente individualidad que le caracteriza y le hace inconfundible á través de los siglos.

Las nulidades y medianías, esas son las únicas que derrochan, porque incapaces de expresar lo bello y hasta de sentirlo, á veces, viven en una

atmósfera estrecha, económicos *á fortiori* porque no tienen riqueza alguna, y derrochadores por necesidad, porque afean y echan á perder cuanto cae en sus manos.

Por tal concepto no nos explicamos los raros principios económicos del Sr. Letamendi, con relación á los motivos melódicos en el drama lírico, y nos ha causado profunda extrañeza la llamada del Sr. Marsillach.

Desgraciadamente el *Cinq-Mars* de Gounod, inferior bajo todos conceptos al *Fausto*, no representa la perfección y ménos el progreso. Si eso representara una partitura *improvisada en tres semanas* (no estamos en los tiempos del *Barbier de Siviglia* y *L'Elisire d'amore*) habría que convenir en que la *economía de composición* y desarrollo de las ideas en Gounod, contrastaba singularmente con su anterior admirable sobriedad, con esa grandiosa concisión que le ha hecho inmortal en su *Fausto*. Pero la economía y el desarrollo del *Cinq-Mars* morirán muy pronto, mientras la sobriedad y concisión del *Fausto* vivirán eternamente. Vea el Sr. Marsillach donde está el progreso, amen de que si se viera precisado á probar las economías y desarrollos del *Cinq-Mars*, había de costarle no poco trabajo, por la sencilla razón de que *no existen*. Si llegara el caso, tendríamos mucho gusto y nos sería sumamente fácil demostrárselo al Sr. Marsillach.

## VII

*El festival de Bayreuth* lleva por título el capítulo cuarto del volumen y es una extensa, minuciosa é interesante descripción del notable acontecimiento que se verificó en Agosto de 1876, extractado de algunas correspondencias importantes entre las muchas que entonces se dirigieron á los primeros periódicos de Europa. Descripción del teatro, sin exceptuar el célebre *espacio* místico que hizo invisible la orquesta, enumeración del número de instrumentos que formaban aquella, éxito de los *Nibelungen*, nombres de los principales personajes que asistieron á las representaciones, nada falta en esta detallada y sabrosa parte de la obra del Sr. Marsillach.

## VIII

El último capítulo del estudio, que lleva por título *El porvenir de la música*, contiene también

detalles curiosos y dignos de ser conocidos respecto á la guerra sin tregua que la Francia hizo siempre á Wagner, guerra de la cual, sea dicho de paso, tomó últimamente el autor de *Lohengrin* una venganza innoble con su tragedia burlesca titulada *Una capitulación*, escrita y representada cuando los prusianos sitiaban á París.

El Sr. Marsillach hace notar justamente el desarrollo que las teorías de Wagner van obteniendo en las principales naciones, y juzga con razon este incremento como síntoma favorable para el bien del arte y la fama del gran artista, puesto que Italia y Francia, es decir, las dos naciones que más han combatido á Wagner, son hoy las *poseidas* en mayor grado del wagnerismo.

El Sr. Marsillach deja al tiempo demostrar que Wagner ha sido el redentor del arte y concluye con esta amarga frase de Berlioz á propósito de la injusticia de que es objeto el génio, en vida:

«No me apreciarán hasta que deje de existir. Iré á la gloria en atahud *express*.»

## IX

La obra del Sr. Marsillach contiene un importante apéndice que comprende las materias siguientes:

1.º Genealogía de Ricardo Wagner, lista completa y ordenada de los parientes de Wagner en ámbos grados.

2.º Obras de Wagner, extenso catálogo de las composiciones musicales y trabajos literarios del célebre artista, compuestos de sus piezas instrumentales, una lista cronológica de sus óperas con las fechas de la primera representación, y lugar en que se estrenaron, y además los títulos de las tres romanzas con poesía francesa que Wagner escribió durante su primera estancia en París.

Haremos observar al Sr. Marsillach que entre las obras musicales, se nota la omisión del oratorio *La cena de los Apóstoles*, composición importante que ha tenido la fortuna de reunir los sufragios de varios públicos italianos.

Los trabajos literarios de Wagner que se hallan coleccionados en nueve tomos, presentan el completo de la obra del crítico y el poeta, y prueban la actividad asombrosa del gran maestro.

El Sr. Marsillach enumera la colección tomo

por tomo, y el índice detallado de las materias que estos contienen.

3.º Dos autógrafos, uno musical y otro literario. El primero es un *fac-símile* de los 26 primeros compases de la introducción del *Tannhäuser*, para canto y piano. El segundo, dirigido al Sr. Marsillach por Wagner, merece copiarse.

Hélo aquí traducido por el Sr. Marsillach:

«Si se confirma que el desarrollo del arte alemán en la esfera de la Poesía y de la Música llama la atención y fomenta esperanzas en las naciones extranjeras, hemos de convenir en que la originalidad y el carácter invariable que ofrece este desarrollo, es lo que principalmente mueve su interés; siendo por lo tanto inoportuna cualquiera otra excitación de nuestra parte. Bajo este punto de vista creo que nuestros vecinos, y los alemanes también, podrían procurar conocer el estilo verdaderamente alemán, que hemos perfeccionado fielmente.—R. Wagner.»

Convengamos en que la modestia de Wagner, quizá por el roce que el gran artista ha tenido con los mitos, ha llegado á ser un mito más.

Y 4.º Apuntes bibliográficos, enumeración de las obras críticas que de la poderosa individualidad de Wagner y de sus obras, tendencias etc., se han ocupado. Es extraño que el señor Marsillach no conozca el extenso estudio de Gasperini, cuya adquisición le recomendamos, por tratarse de una obra bajo muchos conceptos notable.

Acompaña además al volumen un retrato de Wagner y una hermosa lámina que representa el interior del teatro de Beyreuth.

## X

Tal es, á grandes rasgos reseñado, el ensayo biográfico-crítico que á Ricardo Wagner ha dedicado el Sr. Marsillach.

Reducidos á los estrechos límites de un artículo bibliográfico, éranos de todo punto imposible abordar con extensión la crítica de ciertas opiniones que la obra contiene, y aún con haberlas tratado ligeramente, tememos haber dado á las presentes líneas dimensiones excesivas.

Resumamos en términos breves y concisos el juicio que nos merece el primer paso del Sr. Marsillach. En nuestro concepto, el vacío más importante que ofrece dicho trabajo es la falta de apreciaciones individuales. Sea escasez de cono-

cimiento del conjunto de la obra wagneriana, bajo el doble punto de vista de las teorías estéticas de Wagner y su aplicación en las maravillosas creaciones del gran maestro, ó sea el temor infundado, el Sr. Marsillach acude raras veces á su propio criterio, incurriendo en el defecto de dejarse guiar demasiado por opiniones ajenas, por las de Schusé, sobre todo, que no pueden aceptarse, en general, sin gran reserva.

De aquí resulta el fondo excesivamente optimista que campea en el libro, fruto de una crítica poco depurada, puesto que los argumentos en pro se hallan en mayoría y los argumentos en contra se dirigen tímidamente á detalles de escasa importancia ó á cuestiones muy debatidas y abandonadas.

Esa importancia que proviene de un juicio independiente y se impone tanto más cuanto más se origina del libre exámen de opiniones encontradas, se echa de ménos en el trabajo del Sr. Marsillach, impetuoso desahogo de una naturaleza entusiasta por la verdad y el arte, primera conmoción de un espíritu joven y fogoso que fascinado por los resplandores de un génio potente, ha ido demasiado lejos en su admiración irreflexiva, se ha dejado llevar por un impulso noble, arrastrar por un sentimiento exajerado, sin cuidarse del estilo, sin cuidarse de la conveniencia ó inconveniencia de ciertas apreciaciones personales que se dirigen á inmortales génios, sin cuidarse del equilibrio juicioso que la crítica debe elegir en asuntos muy complejo y de inmensa trascendencia, dichoso de haber contribuido, con la impremeditación del catecúmeno, á la glorificación de su ídolo, á la glorificación de Ricardo Wagner.

Por eso el que busque en la obra del Sr. Marsillach una idea exacta, una apreciación justa del estilo y tendencias reformadoras del gran maestro, verá quizá defraudados sus deseos, pero en cambio hallará detalles curiosos y llenos de interés en lo que atañe á la parte histórica biográfica y bibliográfica, y no faltarán momentos en que, subyugado por la emoción, por la fé ciega y el honrado celo del Sr. Marsillach, siga el joven wagnerista con atención creciente y se deje tal vez arrastrar por su entusiasmo.

La obra es en suma interesantísima y digna de los mayores elogios bajo el punto de vista biográfico y contiene una promesa como trabajo crítico. Esa promesa se realizará muy pronto,

lo esperamos, porque no está lejos el día en que el Sr. Marsillach caminará solo por el campo del wagnerismo, sin necesidad de extender las manos pidiendo auxilio á este ó al otro autor, y con la firmeza y la convicción de quien no ha menester encauzar las corrientes de su espíritu, desviadas ó perturbadas por la reunión de corrientes ajenas.

Entre tanto, séanos permitido felicitar sinceramente al Sr. Marsillach por su obra primera por varios conceptos instructiva é interesante, y séanos permitido felicitarle con tanta más cordialidad, cuanto el joven y entusiasta escritor ha llevado á cabo un trabajo único en su género en España, trabajo para el cual ha tenido el Sr. Marsillach necesidad de robar algunas horas á la difícil carrera que según noticias estudia con gran brillantez.

El Sr. Marsillach es como un cantante que hace su *debut* y cuyas facultades se entrevén á través del orgasmo que le domina. Saludemos al escritor que promete, saludemos á la juventud, saludemos al entusiasmo noble y puro, á la buena fé, al amor al arte. ¡Cuesta tanto trabajo encontrarlos hoy día!

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Madrid 8 Abril.

## DISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA\*

### XII

Las desigualdades entre los colaboradores á la producción pueden reducirse á dos clases. Cuando dependen esencialmente de las facultades personales, como la inteligencia, la fuerza, el arte y la ciencia, se dice que son *personales*; cuando proceden del capital, de la protección, del favor, de los privilegios, de las circunstancias, se dice que son *impersonales*. Esta distinción no es siempre rigurosamente exacta: pero sí lo es suficientemente para el objeto á que se la destina.

Dada la desigualdad, se concibe fácilmente que se traduzca en desigualdad de remuneraciones: pero es preciso reconocer también que esa consecuencia no tiene ni la importancia ni la generalidad que muchos le atribuyen; porque si la desigualdad (personal ó impersonal) es general, por

\* Véanse los números 213, 214 y 215, págs. 370, 405 y 439.



lo ménos en la apariencia, lo es infinitamente y en realidad la igualdad de esas mismas facultades en la totalidad de los trabajadores. Sin embargo, lo repetiremos, dada la desigualdad, debe producirse aquel efecto necesariamente, quiérase ó no en la economía social. No hay remedio contra la desigualdad: pero, teniendo muy en cuenta, que la igualdad no es esa compensacion ficticia, peligrosa y casi siempre injusta, que se quiere sustituya á la desigualdad, puesto que semejantes compensaciones jamás conducirán á la igualdad.

Personales ó impersonales, todas las desigualdades económicas producen los mismos efectos. Con más inteligencia, más fuerza, más conocimientos, ó más actividad, se produce más; con más ó mejores herramientas ó instrumentos, se produce igualmente más; y, en todo caso, se tiene siempre derecho á todo lo que se produce en virtud del principio de la propiedad. Sin embargo, si los productores favorecidos por sus facultades superiores, personales ó impersonales, condenasen á los demás á la huelga y al hambre, seria difícil negar á estos un legítimo motivo de queja, y en verdad que no conocemos el principio que se podría invocar para repeler su reclamacion; he ahí evidentemente el punto de vista bajo el cual se colocan los adversarios de la concurrencia. Esto nos pone en el caso de repetir que las desigualdades económicas de los productores de todas las condiciones, en las sociedades homogéneas sobre todo, como las europeas, están muy distantes de ser tan grandes, ni tan numerosas, como se supone, y que, respecto á su importancia, relativamente al total de trabajadores, no puede producir jamás los efectos desastrosos que se le atribuyen.

No se puede decir otro tanto, sin embargo, de las sociedades del mundo moderno; en la América del Norte, por ejemplo, donde se encuentran frente á frente razas profundamente separadas por sus tradiciones, hábitos, conocimientos, necesidades y aspiraciones, como la raza anglo-sajona, y las indígenas, toda concurrencia entre ellas se presenta imposible; y eso porque los indígenas se obstinan en no adoptar el procedimiento del trabajo europeo, puesto que, no siendo así, de ningun modo se podría demostrar la desigualdad perenne, incurable, entre dos hombres sanos de cuerpo y espíritu, dedicados á las mismas ocupaciones y empleando los mismos medios. Pero de cualquiera manera que eso sea, á fin de que uno de piel roja pueda conservar, para vivir cazando una legua cuadrada de terreno, ¿se ha de permitir que la sociedad detenga sus progresos?

En Europa los productores que se hacen la concurrencia se dedican á los mismos trabajos; y disponen en general de los mismos instrumentos; por

consiguiente, salvo las desigualdades de que nos vamos á ocupar, desigualdades, repetimos, que no producen los efectos desastrosos que se les atribuye, la economía del trabajo no difiere sensiblemente entre unos y otros. En todo caso, se puede asegurar que los favorecidos por la fortuna son muy poco numerosos para impedir á los demás su trabajo, aun suponiendo que lo desearan; pero no deben deseárselo en general, ya que la ventaja de su posicion consiste precisamente en ganar más que éstos, vendiendo á las mismas condiciones. Si se quedaran solos, se reducirían sus ganancias, á causa de la concurrencia entre sí mismos, á la tasa media de todos; pero, no nos cansaremos de repetirlo, no son bastantes para quedar solos, puesto que no producirían lo bastante para la sociedad, como lo haremos ver al tratar de la renta y del interés del capital.

Esos productores favorecidos por la fortuna constituyen una especie de faros de la civilizacion, mercedores de la prima que la naturaleza de las cosas les concede. ¿Se queria privar de su porcion congrua á todos los grandes literatos, abogados, médicos y artistas, porque las medianías no pueden sostener con ellos la concurrencia? ¿Vemos, por ventura, que las capacidades ordinarias no encuentren su puesto al lado de las celebridades que son siempre en pequenísimos número?

En cuanto á los productores que se hallan por debajo del nivel medio de la masa de trabajadores, no pueden ser considerados sino como enfermizos, impotentes, refractarios ó rebeldes al trabajo, y la sociedad sólo les debe, segun los casos, compasion, socorros ó menosprecio; pero tampoco estos son tan numerosos como se dice, y aunque lo fueren, diríamos de ellos tambien: que la humanidad debe respetar sólo hasta cierto punto su impotencia, pero no detener indefinidamente su marcha progresiva.

Al decir de muchos, la concurrencia es una especie de justa, en la cual se expone la existencia, y cuyo triunfo obtienen de ordinario los más fuertes. La imaginacion, sobre la cual ejercen gran poder las metáforas, aumenta grandemente esa alegoría, y se forma la idea absurda de un campo cerrado, donde combatientes sin más fuerzas que las de sus brazos, caen infaliblemente bajo los golpes de sus adversarios, á quienes hace invencibles la formidable arma del capital. Atendiendo á la realidad, esa metáfora no tiene valor alguno: pero, es preciso fijar en ello la atencion, y no todos la fijan.

A la manera que muchos viajeros, que no se conocen, que no se asocian, y á quienes molestaria quizá la asociacion, pueden dirigirse, sin contrariarse, á un mismo punto; muchos trabajadores,

pueden proponerse un mismo objeto, sin asociarse para conseguirlo: pero si los viajeros, partiendo de puntos diferentes, á horas diferentes, y con medios de trasportes diferentes no pretenden llegar á un mismo tiempo; si se inquietan poco por la presencia de los que viajan con ellos; si por el contrario se alegran de ir en su compañía porque puede serles ventajosa, ¿por qué no ha de suceder otro tanto respecto á los trabajadores? El camino que estos recorren es bastante espacioso para que todos puedan aprovecharlo; sus etapas son en grandísimo número, en las cuales cada uno puede detenerse á su hora para descansar y reponer las fuerzas perdidas para continuar el viaje. Unos le verifican á gran velocidad; otros, y éstos son los más, á velocidad mesurada y sostenida; otros con mayor lentitud; otros, en fin, y su número es tambien muy grande, no le recorren sino con mucho trabajo y pena; pero para éstos, ¿cómo dudarlo? sería el viaje mucho más desconsolador si fueran solos por el camino.

Ese camino es la vida, y los medios de recorrerle el trabajo, fuente inagotable, donde cada cual puede beber sin perjudicar á los demás, con tal que la buena fé presida la concurrencia, ó que los concurrentes no sean personas desgraciadas, colocadas fuera del cuadro ordinario de los trabajadores, á causa de sus padecimientos físicos ó morales; y si bien borrascas momentáneas suelen entorpecer su marcha, no tarda en renacer la calma bajo el benéfico imperio de la libertad. Si desordenadas ambiciones, sórdidas codicias ó criminales pasiones tienden emboscadas á su marcha natural y á su sencillez, jamás se puede imputar de buena fe la falta á la libertad, que no es otra cosa que la ley comun, la indispensable condicion de la vida; además, ahí está la justicia para castigar semejantes atentados. Pero, la justicia no los castiga siempre, se nos dirá, en buen hora: pero tampoco castiga siempre el robo á mano armada, ni el asesinato, y á nadie se le ha ocurrido por eso el que se privara á todos de su libertad.

### XIII

Las desigualdades de los salarios son en general personales. Cuando son debidas á la desigualdad de la potencia productiva de los trabajadores, no son sino desigualdades aparentes. Si en vez de atender al tiempo empleado para marcar los salarios, se atiende al resultado del trabajo, cual se debe, no sólo desaparecen esas desigualdades, sino que se las ve aparecer en sentido contrario, esto es, en favor del asalariado á quien se paga menos en apariencia. Además, las desigualdades de los salarios no son tan generales como algunos creen; lo

general es su igualdad en proporcion con los resultados del trabajo, por lo ménos entre los productores de las industrias manufactureras.

Cuando para dedicarse á una industria particular hay necesidad de preparaciones largas y costosas, como la del abogado, el médico, el farmacéutico, el ingeniero, el pintor, etc., el salario no sólo debe darle para vivir, sino que debe compensarle todos los gastos de preparacion; por consiguiente, su mayor remuneracion, relativamente á la de un obrero, que no se halle en el mismo caso no es sino aparente, como lo es la desigualdad producida con motivo de la desigual potencia productiva.

Muchas veces tambien la industria manufacturera y la mercantil exigen preparaciones, relativamente de mucho tiempo, difíciles y costosas, que suelen tener que recibir hasta los mismos obreros. Estos, cuando se encuentran en tal caso, son comunmente mejor pagados, porque en general se ha aumentado su potencia productiva. Sucede de igual modo que esas últimas preparaciones, llamadas aprendizaje, toman el carácter de una especie de impuesto, pagado por el aprendiz en dinero ó en tiempo á su patron; es justo, pues en tal caso, que el obrero que ha pasado por ese camino encuentre compensacion en su salario.

Cuando una industria es inestable expone los obreros á huelgas más ó ménos frecuentes, y por consiguiente sus salarios, mientras trabajan, deben compensar los que pierden en los tiempos que la industria suspende sus labores, á ménos que los obreros que la ejerzan no puedan emplearse regularmente en otra industria análoga durante las huelgas. En condiciones semejantes se encuentran las industrias insanas, repugnantes, peligrosas, ó que necesitan fuerzas excepcionales: los vidrieros, los mineros y otros muchos se encuentran en ese caso, y no se debe decir, por lo mismo, que existe en favor de ellos una verdadera desigualdad de salario.

Todas las diferencias de salarios, resultado de las circunstancias que dejamos indicadas y otras semejantes, no constituyen sino desigualdades aparentes: pero eso no quiere decir que no haya verdaderas desigualdades de salarios, cuyas causas no son bastante conocidas generalmente, y que se deben examinar para disipar errores muy funestos á su respecto. La desigual es notoria, por ejemplo, cuando se ven dos obreros en un mismo taller, produciendo igualmente el uno que el otro, con salarios diferentes: sucede esto con frecuencia, cuando el obrero ménos pagado es un aprendiz, ó acaba de salir del aprendizaje; esto se comprende, bien sólo hasta cierto punto, pero no se comprende de ningun modo cuando éste obrero no

difiere del otro sino por su sexo. La cuestion del salario de las mujeres ha hallado un intérprete elocuente en M. Jules Simon; sin embargo, nosotros la creemos de muy difícil solución, por hallarla complicada con otra de moralidad, que no puede resolver por sí sola la economía.

Las desigualdades de salarios de más importancia, bajo nuestro punto de vista, porque implican una especie de desvío del principio de propiedad, se encuentran principalmente en la agricultura. Es un hecho que los salarios de la agricultura son inferiores á los de la industria manufacturera y á la mercantil. Se encuentran también semejantes desigualdades, bien que en sentido contrario, en las funciones especiales y en lo que se llama bastante pomposamente el culto de las artes; no es raro ver en tales ocupaciones, que algunos individuos ganen en un mes, en un día, ó en una hora ó ménos, mucho más que un obrero ordinario en uno y más años.

#### XIV

Hay necesidades á cuya satisfacción no pueden concurrir sino pocos trabajadores, no porque falte en nadie, generalmente hablando, el deseo de dedicarse al trabajo que esas necesidades demandan, sino porque el número de trabajadores encargados de satisfacerlas es absolutamente limitado por la naturaleza de las cosas, ó porque las facultades que es preciso poner en acción son raras y de ejercicio difícil.

La dignidad régia, por ejemplo, presenta una de las desigualdades más notables de salarios que se conocen. Con razón ó sin ella, las sociedades modernas quieren tener rey, y esa dignidad no admite participación: constituye, pues, el monopolio más completo que se conoce y se pagan muy caros los servicios que presta. Vemos además en los diferentes ramos de la administración social gran número de posiciones análogas, y para llegar á ocuparlas se requieren condiciones que no todos poseen, y el número de esas posiciones es siempre rigurosamente limitado.

Otros ejemplos tenemos, aunque por razones muy diferentes en ciertos talentos ó capacidades excepcionales, como vemos en los grandes artistas, literatos, médicos, abogados, etc., etc. Desde el momento que las sociedades piden á tales excepciones la satisfacción que ellas solas pueden darle, y que consienten en compensación, en cederles una parte considerable de su riqueza, esas excepciones gozan de salarios muy superiores.

El mismo fenómeno se produce, pero en sentido inverso, en las clases desgraciadas en que se recluta el pauperismo: determinando la sociedad en todo

caso la remuneración de los servicios que reclama, si los concurrentes que se los prestan son muchos, su salario será corto. La ley es solo una para todos los asalariados.

Se concibe que con la desigualdad de fortunas muchas industrias sean inaccesibles, como muchas funciones también, á la generalidad de los trabajadores; sin embargo, no falta la concurrencia para la mayor parte de ellas. Aunque los grandes talentos se hallen reducidos á un pequeño número, no por eso son pocos los que aspiran á adquirirlos; así que es bastante común hallar entre esos aspirantes muchos cuyos salarios son inferiores á los del más modesto obrero. ¡Cuántos cantores y actores medianos, por ejemplo, para un Rubini ó una Malibrand, para un Talma ó una Rachel! ¡Cuántos pintores y escultores para un Rafael ó un Miguel Angel! ¡Cuántos *maestri* detestables para un Rossini! Y otro tanto podríamos decir de literatos, médicos, abogados, arquitectos, etc., etcétera. ¡Y cuántos con merecimientos reales han existido en todas esas carreras que se llaman liberales pero que no fueron conocidos; carreras erizadas de dificultades para unos, y llenas y de fácil acceso para otros! ¡Cuántos grandes poetas no han muerto en el hospital!

La sociedad felizmente no tiene necesidad de muchos géneos excepcionales, y generalmente se presentan los suficientes para el uso que de ellos se hace. Le es infinitamente más ventajoso un nivel más elevado de la capacidad de las masas, que uno que otro meteoro en medio de las tinieblas de la ignorancia. De cualquiera manera que eso sea, jamás faltan aspirantes á las funciones que sólo el génio puede desempeñar. Y hay que notar al mismo tiempo, que una preocupación, muy común aun hoy, aleja de las pequeñas industrias y del comercio en pequeño muchos jóvenes instruidos, que hallarian en ellas más de una ocasión de aplicar sus conocimientos generales y especiales, ventajosamente para ellos y para la sociedad. Estos desgraciadamente creen rebajar su dignidad, haciéndose comerciantes ó industriales en pequeño; de ahí que las carreras llamadas liberales se hallen atestadas de personal, y que los salarios medios en ellas sean mucho más inferiores de lo que debieran ser.

Las más enfadosas desigualdades de los salarios proceden de los cambios indispensables que exige el progreso desarrollado, ó en vías de desarrollarse en los procedimientos de los trabajos industriales. En semejantes casos, las desigualdades son tanto mayores y dolorosas, cuanto los progresos y su planteamiento son más rápidos. Si los trabajadores pudieran emigrar ó pasar fácilmente de una á otra industria, la transición, ocasionada por los

progresos, no daría lugar á huelgas sensibles; y cierto que nada de eso es imposible, puesto que todo lo nuevo tiene su infancia más ó ménos prolongada, que pudiera utilizar lo viejo que se va. Desgraciadamente, muchos trabajadores, á pesar de advertírselo la baja de sus salarios, no solo no tratan de cambiar de industria, aún cuando pudieran, sino que ¡cosa más triste todavía! continúan enseñando á los hijos sus mismos oficios; de suerte que se agraban más y más sus sufrimientos hasta el punto de conducir á la miseria algunas clases enteras de asalariados, cuando debieran disminuirlos, al disminuir su número, cuando quizá los evitarían, si no fueran tan negligentes.

Hay, sin embargo, circunstancias que hacen muy difícil, cuando una industria se halla en decadencia, no ya solo el cambio de ocupación de los operarios, sino el aprendizaje de otro oficio para sus hijos. Tiene eso lugar cuando la decadencia recae sobre la industria principal de una demarcación ó comarca entera. En tales casos, solo la emigración podría impedir los funestos efectos de una oferta excesiva de trabajo; pero sabido es que la emigración de los pobres es en extremo difícil.

La observación que acabamos de hacer nos hace ver á qué graves inconvenientes puede dar ocasión el concentrar exclusivamente la industria sobre puntos determinados de un país, como se hace en general con las industrias de seda, de algodón etcétera. Se presentan esos inconvenientes con mayor gravedad aun, si todo un país se dedica demasiado exclusivamente á una sola industria. Cuando esta no está en actividad, sus operarios no encuentran á su rededor sino compañeros de miseria, y su alivio es sumamente difícil, porque el mal es general. Y no se crea que los inconvenientes de semejante concentración se hacen sentir solo por los trabajadores de la industria concentrada, los sufren otros muchos: recuérdense si no los á que dió lugar la guerra civil de Norte-América, que paralizó la producción del algodón, exclusivamente concentrada en los Estados del Sud; además, ¿cómo se podrá desconocer la solidaridad de todas las industrias? ¿Cuál sería la herida que sufrirían todas las industrias de la zona en que vivimos, si cesara el beneficio de las minas de carbon por el período de un año? Gravísima sería esa herida.

Las angustias que todo cambio un poco rápido de las condiciones de las industrias produce en las clases de obreros, es el lado de la cuestión del *libre-cambio*, que han procurado beneficiar en favor de su predilecto sistema todos los *proteccionistas*. Afirman estos, sin manifestar siquiera la menor duda, que la libertad de comercio trastornaría necesariamente las industrias protegidas, y se com-

placen en presentar á la vista de todos los interesados en ellas, el horroroso cuadro de miseria que tal trastorno traería. La pintura es desmesuradamente exagerada, porque las desigualdades de potencia productiva de los diversos pueblos, no son tan grandes como se pretende hacer creer. Esto lo tiene demostrado la experiencia: pero, ese modo de ver la cuestión, tiene indudablemente algo de verdadero. ¿Qué puede deducirse de ello? Los proteccionistas deducen naturalmente, que es preciso sostener la protección; nosotros, que no hubo razón para establecerla y que aún la habría ménos para sostenerla, puesto que ha engendrado situaciones tan comprometidas como lamentables.

Bajo el punto de vista que acabamos de tocarla incidentalmente, la cuestión del libre cambio se confunde con la de *máquinas*. No ha sido ésta ménos atacado que aquella; hasta se ha llegado á decir, que eran la causa de todas las miserias, y, por lo mismo que se debiera prohibir su introducción. De igual modo se podría decir que el crecimiento de los niños era la causa de todas las miserias de las familias; y por consiguiente, que se debía pedir la infancia eterna del género humano. Las máquinas inutilizan las antiguas herramientas, á la manera que los vestidos nuevos condenan á figurar entre los deshechos los muy cortos ya de los niños: pero, es lo cierto que nos permiten producir más cada día; son la condición esencial del desarrollo de la riqueza, en población, en ciencias; y, suprimirlas sería suicidarnos, mutilarnos por lo ménos. ¿Se sigue de eso por ventura que no nos causen sufrimiento alguno? De ningún modo: pero es preciso resignarse con los sufrimientos que originan. En cuanto á no reconocer esos malos efectos, como algunos publicistas se han creído obligados á hacerlo, jamás transigiremos con ello; la sociedad no gana nada con que se la engañe; su dignidad y su dicha posibles van siempre unidas al conocimiento que debe tener de todo lo que le concierne en bien y en mal, y tratarla como á una dueña nerviosa, ó como á un niño mimado, nos parece injurioso al buen sentido común.

Hay, en fin desigualdades de salarios, debidas á la preferencia, más ó ménos reflexiva, del trabajador por la industria á que se dedica. Esta condición parece que explica, en gran parte por lo ménos, las notables diferencias que presentan en muchos países, los salarios en las ciudades y los campos. El agricultor en general tiene á su oficio un amor semejante al que tiene á sus montañas, también en general, todos los que se han criado en países montañosos; además, en ese oficio le es fácil aprovechar las fuerzas productivas de toda su familia; y por lo mismo, no se aviene con gusto á que sus hijos se conviertan en aprendices manu-

factureros. La vida del campo, por otra parte, es relativamente menos costosa; no proporciona, es verdad, grandes goces: pero, en compensacion, se halla á cubierto de ordinario de las crueles alternativas del hambre á que están espuestos con frecuencia los obreros de las ciudades. Todo eso explica suficientemente el que los asalariados de la agricultura sean proporcionalmente más numerosos, y que sus salarios sean más bajos. Esta desigualdad, sin embargo, tiende á desaparecer, y ya hoy es muy notable su trasformacion.

Se ha declamado exageradamente contra la desigualdad de los salarios, y no han faltado críticos cuya austeridad los ha conducido á pedir á la autoridad la correccion. Puesto que la sociedad consiente en pagar caros los servicios que demanda á los que poseen facultades excepcionales, ¿quién se halla revestido de poder legítimo para oponerse á ello? Se conceden primas á los laureados en las exposiciones industriales y artísticas: ¿por qué, pues, se ha de privar á los laureados por la opinion de la prima que espontáneamente se les concede? En otro tiempo, suele decirse, los hombres de genio vivian y morian pobres, es cierto; pero tambien se les esclavizaba, tambien se les martirizaba, tambien se les hacia perecer en una hoguera. ¿Se echan de menos aquellos felices tiempos?

De cualquiera manera que sea, la riqueza, por medio de las facultades excepcionales, es ya en nuestra época el resultado de la naturaleza de las cosas, concedido libre y voluntariamente, y eso basta para respetarla como legítimamente adquirida. ¿Qué cuesta, en fin, á la sociedad la fortuna de un literato, de un sábio, de un gran pintor, músico, actor, etc., etc.? Ni la milésima parte de lo que la tontería y la inmoralidad malgastan cada dia en frivolidades, en consumos inútiles ó peligrosos, y en escandalosas orgías en muchas de las grandes capitales.

En cuanto á los salarios en pequeño nada ganarian con la reduccion arbitraria é inícuca de los salarios grandes, al paso que perderian mucho con el establecimiento de un régimen, cuyos representantes no escrupulizarian en atacar la libre distribucion de la riqueza.

En fin, siendo comunmente la desigualdad de los salarios un efecto de la desigualdad de las facultades productivas, ó de un agrupamiento mal establecido de los productores, es una exigencia natural del principio de distribucion, y no se la puede atacar sin barrenar ese principio, fundamento del orden y de la economía social.

## XV.

Las desigualdades de las ganancias son casi siempre personales é impersonales á la vez. Por ahora

estudiaremos solo y principalmente las personales; á las demás, como dan lugar á los fenómenos de la *renta* y del *interés del capital*, les dedicaremos un estudio especial.

Si es que no idénticas las desigualdades de las ganancias reconocen causas análogas á las de los salarios. Es de toda evidencia que un individuo, por inteligencia que se le suponga, no puede ser igualmente apto para dirigir toda clase de industrias; como lo es de igual modo, que la direccion de todas las industrias, no es accesible á todos los individuos en todas las posiciones en que pueden encontrarse. Para ser bien dirigida una industria reclama con frecuencia conocimientos generales y especiales, que no todos pueden poseer, como suele reclamar tambien garantías, que sólo se piden á la fortuna, ó á calidades notables de capacidad y probidad, que constituyen por sí una fortuna. He ahí motivos suficientes para limitar la concurrencia, y para dar lugar por consiguiente á ganancias superiores: pero, el mayor número de esta clase de desigualdades procede sin duda alguna de las facultades personales, ó quizá quizá, de la desigual aplicacion que de ellas se hace; así que, no es raro ver prosperar á un emprendedor de industria, al lado de concurrentes, colocados en condiciones iguales por lo ménos, que hacen malos negocios, ó que se arruinan.

Se puede observar con facilidad en nuestra época una tendencia harto marcada, la cual consiste en buscar una prosperidad rápida, en especulaciones ajenas á la industria ó comercio especial que se profesa. Lo que la experiencia y la razon nos dicen á ese respecto es, que, si bien se deben algunas fortunas á esas combinaciones, extrañas á la ocupacion ordinaria á que nos dedicamos, son infinitamente más las ruinas y quiebras que producen. Lo más seguro para prosperar, cualquiera que sea la aplicacion á que dediquemos nuestras facultades, es trabajar con economia, siguiendo sin distracciones ocasionadas á compromisos, nuestra ocupacion principal con toda la actividad que reclama. Una inteligencia ordinaria, que se ocupa constantemente de su negocio, tiene muchas más probabilidades de conseguir su objeto, que una inteligencia superior, pero distraida.

Admirando uno, ante Newton, el maravilloso descubrimiento que éste habia hecho, le dijo Newton con la mayor sencillez: lo he conseguido con sólo pensar en él constantemente. Todo, ó casi todo, es debido á ese modo de proceder, y más que nada la riqueza: el 99 por 100 de las fortunas son debidas, tal es nuestra conviccion por lo ménos, á que los que las han adquirido no las han dejado de su pensamiento. Sabemos muy bien que

para muchos tiene algo de despreciable el pensar de continuo en hacer fortuna ó en conservarla, y no faltará quienes digan que honramos demasiado á los trabajadores enriquecidos, comparándolos con Newton. No creemos que sea razonable mostrarse desdeñosos, respecto á esa vigilante preocupacion que preside á la formacion de las fortunas; sin ella, ni las sociedades progresarían ni los gé-nios podrian aparecer. Esa vigilante preocupacion, sino todas grandes, hace muchas cosas, y la cantidad en economía importa infinitamente más que la calidad, como diria un recaudador de impuestos. Por lo que hace á la comparacion con Newton, diríamos: no comparamos resultados, sino los medios de obtenerlos.

(Continuará.)

X...

## VIENTO DE OTOÑO.

Yo vivía bajo un cielo siempre azul y trasparente, y cuando de noche alguna nubecilla blanca ocultaba el brillo de las estrellas, miraba á la ventana de aquella niña, y sus dos ojos negros, eran luceros que nunca se apagaban, más refulgentes que los de la mansion de los ángeles.

### I

Primera sonrisa del niño para la caricia de la madre era la sonrisa de Florentina, ala de paloma blanca era su cútis, pluma de cuervo sus ojos, tronco de palmera su talle, canto de ruiseñor su voz.

La retama de su nido estaba rodeado de verdes hojas, circundada de flores, bañada por las aguas de un arroyo.

Cuando al alba asomaba, yo veía á la niña asomarse, y al aparecer allí, como la imágen del hada de la mañana, parecían más parleras las aves, más brillantes las flores, más bulliciosas las aguas.

Muy dulce para mi corazon la vista de Florentina, era su presencia como rocío de virtudes sobre mis marchitas ilusiones.

Toda la naturaleza era amiga de la niña, y como fantástico sueño me parecia que las flores saludaban con amor su arribo, y la daban las gracias por sus cuidados, el sol la enviaba su más ardiente rayo, y la corriente, deteniendo su paso, reflejaba su cara en el cristal, y juguetona besaba su imágen.

¡Qué hermosa es la inocencia!

### II

Una mañana ví la niña de mis amores no fijarse en sus flores, no contemplar los líquidos cristales, no agradecer al sol sus colores.

En su rostro se pintaba el deseo, y sus ojos, en vez de fijarse en el cielo, miraban á la tierra.

A su lado un galan la hablaba con calor, y debian ser tan hermosas sus palabras que ella las escuchaba con más atencion que en otro tiempo el canto de las aves, precursor del dia y salutador de sus gracias.

Sin saber por qué mi alma sintió pena, y dos gotas de llanto cayeron de mis ojos á mis labios. Y cual otro sueño fantástico jurara que las flores compañeras de Florentina lloraban tambien, y lloraban los pájaros, y lloraban las aguas del arroyo.

Guárdate, niña, le gritaba mi alma desde su misterioso recinto, mira á tus flores, besa á los cristales, acaricia los rayos de ese sol. Pero ella libaba más y más la miel de los labios del mancebo, y hollaba sus flores y despreciaba la corriente, y cerraba los ojos para no ver otra luz que la de su deseo.

¡Qué nécia es la credulidad!

### III

Y pasó mucho tiempo.

Todavía se asomaba la niña á la ventana y todavía la contemplaban mis ojos. Pero su sonrisa era la del mártir que al morir bendecia; su cútis, mármol de blanca tumba; sus ojos, negro velo de muerte; su talle, tronchado tallo de sauce; su voz, triste quejido de la noche.

Ya no era el hada de la mañana al asomarse con el alba á su ventana, y ya no la saludaban las aves con su canto, ni brillaban más las flores para ella, ni murmuraban alegres las aguas.

Ya no saludaban las flores su arribo, ni la iluminaba el sol con su más claro rayo y las aguas en vez de detener su paso para contemplarla, huian revueltas y turbias como avergonzadas de reflejar su cara.

Pobre niña que buscaba á lo lejos sus amores que ya la habian abandonado y sin amigos ni en el cielo ni en la tierra, ni palabras de miel encontraba, ni aroma en las flores, ni canto en las aves, ni luz en el sol, ni espejo en las aguas.

¡Qué triste es el desengaño!

\* \* \*

Cuando de noche miraba á la ventana de aquella niña y trataba de ver sus ojos, sólo veía negras nubes de lágrimas, y para ver lucir estrellas como en otro tiempo, tenia que fijar los míos en la mansion de los ángeles.

LUIS DE SANTA ANA.

## UN DRAMA EN EL DESIERTO.

(Continuacion.) \*

Esta por fin se puso en movimiento, aumentada con el signor Pistoletti y algunos otros europeos que acompañaron á los viajeros durante una hora de camino.

Abrian la marcha dos camellos cargados con las tiendas de campaña y con los víveres, ropas y municiones; detras seguía, caballero en una mula, un judío, que habia de desempeñar las funciones de cocinero, y dos árabes montados en fogosos caballos tordos y armados de espingardas y sables.

Estos dos mozos eran los guías: detras marchaban los cuatro europeos y los comerciantes que los acompañaban.

Una hora despues hicieron alto á la sombra de unas higueras y se despidieron del Signor Pistoletti y sus amigos.

La jornada se hizo sin novedad á través de un terreno quebrado y pedregoso, donde la vegetacion iba siendo cada vez más rara.

Meneses, que era el único que poseia el árabe, habia asumido el cargo de intérprete y durante todo el dia no habia cesado de hablar con uno de los moros que servian de guías.

Tambien es preciso decir que sino hubiera tomado esta determinacion corria el riesgo de no hablar con nadie por que miss Débora y Gomez, cuyos caballos marchaban juntos, parecian engolfados en una larga é importante conversacion, al paso que mister Cugnigan, que cerraba la marcha, no habia desplegado los lábios desde que se despidió del signor Pistoletti.

A eso de las cuatro de la tarde, llegaron á un aduar donde echaron pié á tierra y mandaron plantar la tienda.

Inmediatamente se tendieron los camellos, desmontaron los guías y empezaron á descargarlos, barrer el terreno que habia de ocupar la tienda y clavar los piquetes; rodeados por los habitantes del aduar que, sentados en cuclillas, miraban con curiosidad á los viajeros.

Cuando todo estuvo listo, el cocinero empezó á preparar la comida, los camelleros y los guías se ocuparon de los animales, y mister Cugnigan, sentado á la puerta de la tienda con un frasco de ginebra al lado y su pipa de espuma de mar en la boca, empezó á fumar silenciosamente, con-

templando cómo comian su pienso los caballos atados en fila delante del campamento.

Meneses habia desaparecido desde el momento de la llegada, y nadie sabia de él.

Unicamente el cocinero que hablaba italiano, dijo que lo habia visto salir del aduar con un gran cesto á las espaldas, pero que ignoraba hacia dónde habia dirigido sus pasos.

En vista de esto, miss Débora decidió dar tambien un paseo ántes de comer, y cojiendo la carabina-rewolver que Gomez le habia regalado en Túnez, salió acompañada por éste y por Diana, dirigiéndose hacia unas grandes peñas que habia hacia la izquierda, y que ya durante el camino habian llamado la atencion de la jóven, que habia descubierto en ellas un nido de águilas.

—Vamos—dijo Miss Debóra al salir de la tienda,—á ensayar vuestra carabina y mi destreza.

—Tarde es,—contestó Gomez;—pero el terreno me parece á propósito, y creo que no volveremos con las manos vacías.

En efecto, apenas se habian alejado de la tienda un tiro de fusil Diana se detuvo ante un grupo de palmeras enanas, con el cuello tendido, fija la mirada, levantada una de las manos y moviendo dulcemente la cola.

Los dos jóvenes con las escopetas preparadas se acercaron al matorral, la perra entró entre las palmas y un bando de perdices levantó su ruidoso vuelo, oyéndose poco despues dos disparos.

Dos perdices rodaron por el suelo con gran contento de Diana, que se apresuró á recogerlas y ponerlas delicadamente en manos de su amo.

Más adelante volvió Gomez á matar una perdiz, que le causó gran sorpresa, por lo mucho que se diferenciaba de las que habia visto en Europa.

Aun cuando por su forma y canto parecia una perdiz comun, tenia el dorso gris oscuro, ceniciento el vientre, manchados de rojo los flancos y leonada la cabeza.

—¿Habeis visto jamás una perdiz semejante?—preguntó Gomez presentando á miss Débora el ave que acababa de matar.

—No he tenido nunca ocasion de verla, y sin embargo no me es desconocida; ésta, si no me engaño, es la *tetrao perdix*, comunmente conocida con el nombre de perdiz gris; vive comunmente apareada y al principiar los frios se reunen en bandadas.

Esta que habeis matado es macho, segun indica esa mancha grande color de castaña que tiene sobre el pecho afectando la forma de una herradura.

—Y por cierto que me extraña que siendo español no la conozcais, pues es muy abundante en los países templados.

\* Véase los números 202, 203, 204, 205, 207, 210, 211, 212 y 216, páginas 23, 59, 91, 125, 183, 283, 316, 345 y 478.

—Tal vez las haya en España; pero lo que puedo aseguráros es que jamás las he visto.

Conozco sólo las que hemos matado al principio del paseo, y aun cuando formeis mala opinion de mí, os confesaré ingénuamente que ni siquiera sospechaba la existencia de otras perdices que las comunes.

—Eso consiste en que sois un cazador más práctico que teórico: pero yo, que he cazado más en los libros que en el campo, os diré, si no os desagrada, que hay muchas clases de perdices.

—Siempre me gusta aprender algo nuevo y mucho más cuando las lecciones salen de vuestros lindos lábios.

—Adulador estais y mereciais que nos os dijera nada.

—Por Dios, miss Débora, no me dejéis en la ignorancia.

—¡Prometeis la enmienda?

—Sí, aun cuando temo la tentacion.

—Allá veremos cómo os portais; pero para demostraros que soy generosa, consiento en hablaros de las perdices mientras regresamos á la tienda, pues ya pronto vá á cerrar la noche.

Las perdices que tan gran papel representan en las mesas, pertenecen al género de los *tetraos*, cuyas especies son tan numerosas como apreciadas por los gastrónomos.

Los principales signos que sirven para distinguirlos, son el espacio calvo que tienen encima del ojo, cuya piel es granugienta y por lo regular de un bello rojo; y las diez y ocho plumas grandes colocadas horizontalmente que forman su cola.

A este género pertenecen el gallo, el urogallo, la ortega, el lagopedo, el francolin, la codorniz y las perdices, que son las que nos ocupan.

—Permitid, miss Débora; pero yo creia que el gallo pertenecia á la familia de las gallináceas.

—El gallo comun, ciertamente; pero yo me refiero al gallo grande ó de jaral conocido por los naturalistas con el nombre de *tetrao uro-gallus*, mayor que la oca, bruno oscuro por encima, por debajo de color de pizarra con puntitos y por todas partes rayitas negras.

—No conozco ese animal.

—No es extraño, porque por lo general habita países frios en los bosques de los más elevados montes, donde se alimenta con las hojas y retoños de los árboles.

Pero volyamos á nuestras perdices.

Hay, en primer lugar, la perdiz comun, la gris con quien acabais de hacer conocimiento, la roja, y la blanca ó nevada que, á mi modo de ver, es la más bonita é interesante de todas.

Figuráos una perdiz grande como una paloma,

con plumas hasta debajo de los dedos y blanca como la nieve, entre la cual vive.

—¡Será preciosa!—exclamó Gomez, que no apartaba la vista de su bella profesora.

—Es bellísima, y además coqueta; porque lejos de contentarse con su virginal vestido, viste en verano un traje lleno de puntos amarillos, brunos y negruzcos con una faja negra en su cola.

En Rusia...

Miss Débora no pudo concluir su explicacion.

Las palmeras enanas que cubrian el suelo se agitaron violentamente como para dar paso á un animal bastante crecido, y Diana se lanzó sobre el matorral ladrando con furia.

Era evidente que habia descubierto un sér desconocido para ella: sus movimientos revelaban la confusion de sus ideas.

Temiendo que fuera un animal dañino, puso el jóven dos cartuchos con bala en los cañones de su escopeta, y avanzó hácia las palmeras á las cuales, repuesta ya de su primer sorpresa, se dirigia resueltamente la animosa miss.

Al ver llegar á sus amos, Diana cobró valor, y arremetiendo contra las palmas obligó á salir de entre ellas á un animal de cuerpo grueso y patas cortas que á los pocos pasos rodó por el suelo atravesada la cabeza por una bala.

Miss Débora, que era la que habia tirado, corrió hácia él y se puso á examinar á su víctima, que era algo menor que Diana, de patas cortas y armadas con cuatro dedos las de delante y tres las de detrás; teniendo el interno de estas una uña grande y oblicua.

—¡Conoceis este vicho?—preguntó Gomez que habia corrido al lado de la inglesa.

Se me figura que es el *Hirax* que Cuvier coloca en el tercer género de los roedores y que los holandeses del Cabo conocen con el nombre de *Klipdaas*, es decir tejon de las montañas.

—¡Pero que es eso?—exclamó miss Débora interrumpiéndose. ¡No os parece oír gritos, así como de una persona que se queja pidiendo socorro?

En efecto, allá á lo lejos, en direccion á las montañas, se oian lastimeros gritos que helaron la sangre en las venas de miss Débora.

La noche se acercaba á grandes pasos y las sombras empezaban ya á envolver el campo, haciendo más lúgubres los lamentos que se oian.

JOSE ALVAREZ PEREZ.

(Continuará.)